

ALMAS DE EUCARISTÍA

Reflexiones teológicas sobre al significado de esa expresión del fundador del Opus Dei.

Joaquín FERRER ARELLANO

¡Sé alma de Eucaristía! Si el centro de tus pensamientos y esperanzas está en el Sagrario, ¡que abundantes los frutos de santidad y de apostolado! (Forja, 835).

Introducción. 1. Don de lenguas y carisma fundacional. 2. Sentido “exhortativo-imperativo” de la expresión “*alma de Eucaristía*”, en relación con sus subordinadas: “*alma sacerdotal*”, “*alma de oración y sacrificio*”, “*alma de apóstol*” (...). Búsqueda de su significación plenaria a la luz de las implicaciones teológicas de sus dos polos, objetivo y subjetivo. 3. *Análisis de su polo objetivo: “la Eucaristía”.* (I) “La presencia de Jesús en la Hostia Santa, *garantía*, raíz y consumación de su presencia salvífica en el mundo” en el misterio de la Iglesia. Significación escatológica de la Eucaristía. El principal ministerio del sacerdocio -que funda todos los demás- es la renovación sacramental del Sacrificio de la Cruz. 4. (II) Unidad indisoluble de la Eucaristía, María y el Papa en la constitución de la Iglesia Esposa de Cristo, como sacramento universal y Arca de Salvación, en su fase peregrina. Significación eucarística de la expresión : “*Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam*”, implícita en el imperativo “*sed almas de Eucaristía*”. 5 *Análisis de su polo subjetivo: “el alma cristiana*”, no aisladamente considerada, sino constituyendo un pueblo: la comunidad sacerdotal del pueblo de Dios, orgánicamente estructurada, como instrumento universal de redención. La doble dimensión petrina y mariana de la Iglesia, presente en toda su actividad salvífica. Necesidad del ministerio sacerdotal, radicado y centrado en el misterio eucarístico, para el ejercicio, con alma sacerdotal, del sacerdocio real del entero “Pueblo de Dios”. (“*El muro sacramental*”). *Recapitulación.*

Introducción.

Desde mi primer encuentro con el fundador del Opus Dei en el verano de 1950 en Roma, comienzo de una ininterrumpida relación filial de 25 años hasta el final de su vida - especialmente intensa en los años cincuenta de constante convivencia con él en el Colegio Romano de la Santa Cruz-, me impresionó *su gran amor a la Eucaristía. Se manifestaba continuamente*, no sólo en su palabra sugerente, vibrante e incisiva¹ (se perdía la noción del tiempo escuchándole), sino “*materializado*” también en multitud de detalles de delicadeza y de piedad en la adoración y en el culto eucarísticos.

En el reciente congreso de Enero del 2002, año del centenario, en Roma, se trató mucho de su doctrina del *materialismo cristiano*, “que se opone audazmente a los *materialismos cerrados al espíritu*”², no menos que a cualquier forma de *pseudoespiritualismo* o de *angelismo desencarnado*. *Las actitudes espirituales del hombre* (“*corpore et anima unus*” GS, 14) -como la fe y el amor adorante- *si no se “materializan”* en una adecuada expresión corpórea -a modo de “signo constitutivo” del espíritu- *no se realizan*: o bien son falsas, o a lo sumo muy débiles³. “El que no diese categoría a una simple inclinación de cabeza, no ya como manifestación elemental de respeto, sino de amor, no merecería llamarse cristiano”. Estas palabras del fundador del Opus Dei - que sólo se entienden bien a la luz de lo que acabamos de decir- reflejan el hondo sufrimiento de sus últimos años ante “tanta presuntuosa indiferencia, tanta ostentación de mal comportamiento” en liturgias desacralizadas y caóticas, que manifestaban una profunda crisis de fe y le movían a un constante desagravio al que exhortaba continuamente a sus hijos:

¹ Cfr. p. ej., *Forja*, 828-838, como testimonio de lo que digo (en la medida en que el lenguaje escrito puede transmitir el impacto de la palabra directamente escuchada).

² Homilía “Amar al mundo apasionadamente”, en *Conversaciones*, 115.

³ Las formas de expresión hacen patente la interioridad y la revelan a otros hombres; pero, a su vez, no sólo ejercen una acción de clarificación, afianzamiento, intensificación y estímulo sobre la actividad inmanente del espíritu. (cfr. A. ALESSI, *Sui sentieri del sacro. Introduzione alla filosofia della religione*, Roma 1998, 283 ss), sino que hacen posible su misma realización efectiva. (Sobre la antropología del personalismo actual, que tanto ha influido en el C. Vaticano II, especialmente en la Const. pastoral “*Gaudium et spes*” -una de cuyas tesis es la afirmación del cuerpo humano como expresión de su espíritu-he escrito en *Metafísica de la relación y de la alteridad (Persona y relación)*, Pamplona 1998, y *Filosofía de la religión*, Madrid 2001, 27, y Cap. IV-V)

“Alabad continuamente a la Trinidad Beatísima, a Dios Padre, a Dios Hijo, a Dios Espíritu Santo, con vuestra vida entera, pero de modo particularmente intenso en la Santa Misa. *La Santa Misa es el centro y la raíz de nuestra vida interior*, es el momento supremo para adorar, para romper en acción de gracias, para invocar, para desagraviar. Algunos se afanan todo lo posible por arrancar, del dogma, la certeza de esa renovación incruenta del Sacrificio divino del Calvario. ¡Razón de más para que nosotros cuidemos con especial tesón vivir la Misa bien identificados con Cristo Señor nuestro, que es el Sacerdote principal y la Víctima”⁴

Era constante en él la referencia a la “locura de amor”⁵ que supone la presencia de Jesús en la Santa Hostia, “el gran solitario”⁶, en la “cárcel de amor del sagrario”⁷, así como a la Santa Misa como “*centrum ac radix*” de la vida cristiana (santidad) y de toda evangelización⁸ (apostolado).

A la vuelta de tantos años, el repetido requerimiento a sus hijos; “*sed almas de Eucaristía*”, que tantas veces oí de sus labios, resuena en mi recuerdo -de más de medio siglo- con implicaciones teológicas, fruto de una larga reflexión que tuvo su origen en la impronta en mí de su vida y enseñanza⁹. A su luz, esta expresión imperativa, que pone en relación al alma -como *polo subjetivo*- con la Eucaristía, como su término o *polo objetivo*, fue desvelando progresivamente su sentido plenario, que -así lo veremos- implica y funda (desde su *polo objetivo* -la Eucaristía-) lo que expresan otros sintagmas frecuentes en su predicación también de estructura relacional, con el mismo *sujeto* “*alma*” (tales como “alma de apóstol” o “alma contemplativa”); muy especialmente, “alma sacerdotal”, que recapitula a los demás. Todos ellos hacen referencia -como veremos- a diversas disposiciones de disponibilidad y entrega que debe hacer suyas el alma cristiana -*polo subjetivo* de la expresión que estudiamos- en libre respuesta a la llamada de Jesús-Hostia, presente en el misterio Eucarístico, del que vive la Iglesia, *invitándole a cooperar con Él, en la obra de la salvación del mundo, no aisladamente, sino constituyendo un pueblo* del que quiere servirse como instrumento universal de redención.

Esta perspectiva eclesiológica es esencial para entender el recto sentido y alcance de esta exhortación imperativa, que debe entenderse como una llamada a vivir de acuerdo -de modo coherente- con su condición de miembros del “Pueblo de Dios, que tiene por Cabeza a Cristo, por ley el mandato del amor, la común dignidad de hijos de Dios en los cuales habita el Espíritu Santo como en un templo” (cfr. LG 9 b): “linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo de conquista, para proclamar las grandezas de Aquél que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pe 2,9); más allá de una propuesta meramente devocional dirigida al alma en su individualidad singular como medio para alcanzar una mayor unión mística con Dios (a la que, por lo demás, todos están llamados).

Tal es el tema de este estudio teológico que tiene -obviamente- algo de testimonial y autobiográfico; en el sentido de que algunas interpretaciones de la enseñanza de San Josemaría que aquí se proponen, pueden tener, quizá, más del eco que ha suscitado en mí su recepción

⁴ Carta 28-III-1973 n. 7.

⁵ Cfr. *Forja*, 824-825.

⁶ “Sed piadosos: no dejéis de mantener un trato continuo con el Gran Desconocido y con el Gran Solitario. Así llamo al Espíritu Santo y al Cristo humillado y oculto de nuestros sagrarios. A través de la Santa Humanidad de Cristo encontraréis al Paráclito, que es el fruto de su Cruz, y llegaréis hasta el Padre: toda nuestra vida, en la que lo divino y lo humano están íntimamente unidos, será un diálogo permanente con la Trinidad Beatísima. Y tened siempre una tierna devoción a María Santísima, cuyos cuidados maternales no faltaron nunca en la historia y en la vida de nuestra Obra”. (*Carta 6 -V-1945, 12-13*).

⁷ “Me gusta llamar ¡cárcel de amor! Al Sagrario. Desde hace veinte siglos está Él ahí... ¡voluntariamente encerrado!, por mí, y por todos”. Cfr. *Forja*, 827. Es conocida la profunda veneración y amistad sacerdotal que tuvo el fundador del Opus Dei con el Obispo de los Sagrarios-Calvarios, D. Manuel González, otro “chiflado” de la Eucaristía, recientemente beatificado, del que contaba recuerdos y anécdotas. En sus obras encontramos expresiones parecidas. (Tuve la fortuna de conocerle en mi infancia y pertencí, con mis hermanos, a la Asociación Eucarística para niños, que él fundó. Mi madre depuso en su proceso de beatificación).

⁸ Fórmula acuñada por él, que pasó al Decreto “*Presbiterorum ordinis*”, del Concilio Vaticano II, en cuya génesis participó decisivamente como secretario Mons. Alvaro del Portillo, su gran apoyo durante cuarenta años, hasta que le sucedió al frente del Opus Dei.

⁹ Movido por su ejemplo y su doctrina, elegí como tema para la tesis del doctorado en Teología en la Universidad Lateranense (1958) la relación de la Eucaristía con la Iglesia, que escribí bajo la guía de Mons. Roberto Masi, y del P. Emilio Sauras O.P., que ahora reviso para su publicación (hasta ahora solo parcial), completa y estructurada.

reflexiva, que del pensamiento expreso de quien la impartía. En todo caso, quiero aclarar desde el principio que el objetivo que me propongo no es tanto hacer una exégesis literal del sentido de la frase en el contexto de su predicación -que no está, por supuesto, ausente- como exponer una reflexión personal de muchos años -recogida en parte en escritos ya publicados e inéditos (desde 1958 hasta ahora¹⁰)-, orientada a buscar su sentido plenario, a la luz de las implicaciones teológicas a ella subyacentes -teniendo en cuenta también su análisis semántico y contextual que aporta no pocos matices significativos de interés-, que aquí se exponen con esa finalidad, que les presta unidad temática.

1. *Don de lenguas y carisma fundacional.*

1.1 Me parece claro, ante todo, que esa expresión imperativa “sed almas de Eucaristía”, sugerente e interpelante, como tantas otras que brotaban espontáneamente de sus labios -pletóricas de connotaciones doctrinales y ascéticas en el contexto de su predicación-, era manifestación de una gracia “gratis data” -que él llamaba “don de lenguas”-, íntimamente relacionada, a mi parecer, con la dimensión profética de su carisma fundacional del Opus Dei.

El Opus Dei nació en el seno de la Iglesia, Esposa de Cristo, el 2-X-1928, “por inspiración divina”¹¹, como instrumento de difusión -y realización- de “un mensaje” preciso (que todos están llamados a la santidad, y que las actividades de la vida ordinaria son camino -lugar y medio- de santificación). Ese mensaje lo recibí -con luz profética infusa- un joven sacerdote de 26 años (se había ordenado para estar disponible a que se realizara un designio divino que barruntaba desde 1918), que se sintió movido a transmitir -con un impulso del Espíritu que le urgió hasta el final de su vida-, como parte del plan salvífico de Dios a favor de los hombres.

Había recibido, pues, de Dios -me interesa subrayarlo- un carisma profético inseparable -y fundante- del carisma fundacional de una institución a su servicio (la “vivo” en sus rasgos esenciales, después de los “barruntos” de los años precedentes, desde 1918), que aparecía configurada desde sus orígenes como una “partecica de la Iglesia”, “para servirla -tenía empeño en repetir una y otra vez- como ella quiere ser servida”. “Este servicio que Dios mismo había encomendado al Opus Dei, se traduce en difundir por todos los senderos de la tierra -en comunión orgánica de laicos y sacerdotes- la llamada universal a la santidad, enseñando a innumerables personas a buscar a Dios en el trabajo profesional y en las circunstancias ordinarias en medio del mundo”¹².

He llegado al convencimiento de que *el secreto de la facilidad* -de la que he sido testigo asombrado tantos años- *con que le afluían -primeramente, de ordinario, a sus labios, y a su pluma después- felices fórmulas sintéticas, que repetía una y otra vez para que quedasen grabadas en la mente de sus hijos,* no era -al menos primariamente, pues es innegable su influjo- el talento literario con que Dios le había dotado, que cultivó asiduamente hasta el final de su vida (que ha comenzado a ser estudiado por AA. como J. M. Ibáñez Langlois). *Su fuente originaria fundamental era, más bien, esa dimensión -don de lenguas, cuya naturaleza intentamos precisar, en una primera aproximación- del carisma profético, subyacente -y fundante- del carisma fundacional que había recibido de Dios, que tenía múltiples manifestaciones.*

Su preocupación por hacerse entender con la expresión verbal adecuada que transmitiese fielmente las luces que había recibido adaptándose a la mentalidad de sus interlocutores, especialmente en ambientes eclesíásticos, en los que debió superar el escollo de

¹⁰ No otro es el motivo por el que hago referencia en nota a algunos escritos míos anteriores de los que éste es compendio y profundización. Todos ellos tienen su fuente de inspiración en la vida y doctrina del fundador del Opus Dei. Cada vez se valora más, en la hermenéutica de los textos inspirados -valga la acomodación analógica al ámbito extrabíblico- la historia de los efectos de su recepción en sus destinatarios -en especial en los testigos inmediatos (de modo particular -por razones obvias- el sucesor de S. Josemaría, Mons. Alvaro del Portillo, aquí ampliamente citado, que fue su principal colaborador y apoyo durante 40 años, y que tanto ha influido en la mía propia)- a cuya respuesta de fe se ordena el entero proceso de toda revelación salvífica, que se realiza por hechos y palabras en unidad estructural (DV 2). Así lo subraya el documento de la PCB de 1992 “Sobre la interpretación bíblica en la Iglesia”. (Cfr. I, c, 3). Esta consideración me ha animado a publicar este estudio a cuya laboriosa redacción me he sentido personalmente urgido de tiempo atrás.

¹¹ Bula “Ut sit” de Juan Pablo II (de erección del Opus Dei como prelatatura personal).

¹² Mons. Alvaro del PORTILLO, Carta 1-VIII-1991.

una precomprensión inadecuada -odres viejos para un vino nuevo (viejo como el evangelio-solía repetir una y otra vez-, y como el evangelio siempre nuevo)-; *su flexibilidad para cambiar de terminología* -“los modos de decir”, le oíamos repetir-, cuando las circunstancias cambiantes de orden cultural o social así lo aconsejaban; o el acierto en el uso de expresiones paradójicas audaces y sugerentes; *el feliz hallazgo de ejemplos gráficos para grabar la doctrina, en un constante recurso al lenguaje simbólico* (brasa encendida, colirio, clavo en la pared, hacerse alfombra, juglar de Dios, palos pintados de rojo, el rey Midas, “soltar el sapo”, quemar las naves, siete cerrojos en el corazón, abrirse en abanico, talla del diamante¹³, con un amplísimo etcétera), eran a mi parecer, *otras tantas manifestaciones de ese “don de lenguas” que Dios le concedió y que él tanto le pedía.*

<<Encomiendo de todo corazón, a diario, que el Señor nos conceda el *don de lenguas*. Un don de lenguas, que no consiste en el conocimiento de varios idiomas, sino en saber adaptarse a la capacidad de los oyentes. -No se trata de “hablar en necio al vulgo, para que entienda”: sino de hablar en sabio, en cristiano, pero de modo asequible a todos. -Este don de lenguas es el que pido al Señor y a su Madre bendita para sus hijos>>¹⁴.

1.2 No entendía con esta denominación, “*don de lenguas*” -es evidente- el carisma extraordinario de la “*glosalalia*” (hablar en lenguas), tan difundido en el cristianismo primitivo -como también ahora en los ambientes de la Renovación carismática-; ni tampoco las frecuentes “*locuciones*” de “palabras substanciales” (que él llamaba “*gracias operativas*”) -aunque las incluye como focos de luz orientadora en su misión fundacional, que no concluía hasta su muerte-; sino mas bien *la llamada por Sto. Tomás “gratia sermonis”*: “no hablar en -necio al vulgo”, solía decir, sino en sabio, “pero con explicaderas”: de modo a todos comprensible, atractivo y estimulante. (“la tremenda palabra sobrenatural que conmueve”, le oíamos decir).

El Doctor Angélico inmediatamente después de las cuestiones sobre el *carisma de profecía* y del “*don de lenguas*” -en el sentido paulino convencional-, trata de la “*gratia gratis data*” que “*consistit in sermone*”¹⁵. Lo mismo que la profecía -escribe- la “*gratia sermonis*” la da Dios para utilidad de los demás, ya que *el conocimiento que alguien recibe de Dios, no podría convertirse en utilidad de los demás sino mediante la locución*. Y porque el Espíritu Santo no falla en lo que pertenece a la utilidad de la Iglesia, otorga a miembros de la Iglesia el *don de la locución*”. Y lo otorga, sigue explicando Santo Tomás, “de tres maneras: para instruir el intelecto mediante la enseñanza; para mover el afecto mediante la delectación; para suscitar el cumplimiento de lo que se escucha mediante la conversión. Para realizar esto, *el Espíritu Santo usa (utitur) la lengua de los hombres como cierto instrumento*; pero Él es el que lleva a cabo la operación interiormente”. Los términos “*sermo*” y “*lingua*” -añade el Aquitanense- *pueden incluir también “escritura” y “pluma de escriba*”, ya que, a pesar de las evidentes diferencias entre el discurso hablado y el escrito, tienen en común ser medios de comunicación entre los hombres.

Es ilustrativa, en este contexto, la creciente puesta en valor de la *inspiración verbal escriturística*. (Aunque la inspiración del hagiógrafo sea un carisma distinto del profético, se da entre ambos una analogía: la inspiración bíblica es “algo imperfecto en el género de la profecía”, enseña Sto. Tomás, y participa de su naturaleza¹⁶). El P. Benoit recorre críticamente la historia de las discusiones modernas sobre la inspiración bíblica a partir de Franzelin, a quien todos reprochan justamente una distinción tan simplista -que se encontraba ya en Lessius dos siglos antes-, entre “la idea” y “las palabras”: en virtud de la inspiración, “Dios pondría las ideas, el pensamiento”, “el escritor sagrado pondría las palabras, el estilo”. Esta teoría, ya prácticamente abandonada, desconoce la *unidad estructural entre pensamiento (forma mentis) y lenguaje*¹⁷, en todo el largo y complejo proceso que conduce a la formulación verbal, en el curso del cual los juicios especulativos y prácticos

¹³ Cfr. en el índice de *Amigos de Dios, Surco y Forja*, el apartado de “Ejemplos gráficos”.

¹⁴ *Forja*, 634. Es evidente que lo pedía para todos los hijos de la Iglesia, pero de modo especial para sus hijos, llamados -con él- a ser coejecutores “de un mandato imperativo de Cristo, que el Cielo -repetía con frecuencia desde una de sus primeras instrucciones- está empeñado en que se realice”.

¹⁵ S. Th., II-II, 177.

¹⁶ S. Th., II-II, 171, 5.

¹⁷ Sobre este tema he escrito en “Aptitud del pensamiento y del lenguaje humanos para el “*intellectus fidei*”, según la *Fides et ratio*”, *Scr. Theol.* 2002, 623-643.

se entrecruzan con peso y matices diversos, deben ponerse bajo en influjo del carisma divino (como había ya enseñado Báñez -que tanto defendió la inspiración verbal-, recogiendo la tradición patristica más genuina)¹⁸.

Habría que añadir, al lenguaje conceptual articulado en juicios y racionios, por extensión, el lenguaje simbólico, tan frecuente en el Evangelio (especialmente en S. Juan) y en los modos de expresión de los profetas canónicos, que tanto sugiere al hombre, “animal simbólico”. El fundador del Opus Dei -que lo usaba con maestría excepcional en su catequesis-, lo consideraba una manifestación, también, del “don de lenguas”. <<Insisto: ruega al Señor que nos conceda a sus hijos el “don de lenguas”, el de hacernos entender por todos. La razón por la que deseo este “don de lenguas” la puedes deducir de las páginas del Evangelio, abundantes en parábolas, en ejemplos que materializan la doctrina e ilustran lo espiritual, sin envilecer la palabra de Dios>>¹⁹.

<<El lenguaje religioso de la Biblia es un lenguaje simbólico que “da que pensar” (P. Ricoeur), un lenguaje del cual no se termina de descubrir las riquezas de sentido, un lenguaje que procura alcanzar una realidad trascendente y que al mismo tiempo, despierta a la persona humana a la dimensión profunda de su ser>>²⁰.

La expresión simbólica es un modo auténtico del que se sirve el hombre para expresar verdades que trascienden la capacidad de la razón, connatural al hombre, animal symbolicum o mythicum (H. G. Gadamer). No debe considerarse este conocimiento simbólico-mítico como de inferior rango con respecto al logos nocional, sino como distinto y complementario. La creación de mitos -propio de las religiones cósmicas- es un modo perenne y típicamente humano de establecer puentes con la realidad del mundo empírico y condicionado que se une o vincula, a través del símbolo mítico -mediante símbolos personalizados de fuerzas cósmicas en un “tiempo mítico” de carácter ahistórico-, con una instancia incondicionada.

Este logos simbólico ha parecido frecuentemente arbitrario y fantástico al racionalismo moderno frente al rigor del razonamiento deductivo. Pero la fenomenología de las religiones le ha devuelto su valor gnoseológico. El lenguaje metafórico del símbolo sugiere con más hondura los aspectos místicos de lo real que el logos conceptual articulado²¹. Por eso usa tan ampliamente la Palabra revelada imágenes que sugieren el misterio del Reino de Dios -ajenas al mito, que es incompatible con la historia lineal de la Salvación, del Génesis al Apocalipsis- instaurado en la alianza salvífica que culmina en Cristo, preparado por Israel y realizado en la Iglesia progresivamente hasta su consumación escatológica.

1.3 La expresión objeto de nuestra reflexión teológica, “*ser alma de Eucaristía*”, relacionada con otras de la misma estructura, en ella implicadas -alma con genitivo o calificativo, que estudiaremos en el epígrafe siguiente-, es una de esas fórmulas-síntesis -clara manifestación de su don de lenguas- sumamente felices y en ocasiones audaces, que compendian gráficamente, con gran fuerza expresiva, aspectos esenciales del mensaje divino

¹⁸ Cfr. P. BENOIT, “Inspirazione e Revelazione” *Concilium* 4 (1965) 15-33. “A fortiori”, lo mismo debe decirse del carisma profético que es originariamente de predicación verbal. La inspiración no afecta solo a la intuición originaria de la verdad a transmitir, sino el impulso de necesidad interior de ponerla por escrito, y a todo el proceso de realización o ejecución literaria puesta en marcha por un impulso interno. Todo este proceso de formulación literaria es un momento creativo que debemos considerar como desarrollado bajo la acción del Espíritu. Cfr. L. ALONSO SCHÖKEL, *La Palabra inspirada. La Biblia a la luz de la ciencia del lenguaje*, Madrid 1986, 158 ss, donde desarrolla ampliamente esta dimensión del carisma de inspiración, que va siendo tenida, justamente, más en cuenta, si bien debe ser integrada en la explicación teológica más clásica y tradicional, que ha favorecido el Magisterio, de la causalidad instrumental del profeta y el hagiógrafo; la cual debe ser entendida, a su vez, en la perspectiva “eclesial” de complementariedad con otros carismas -de acción y predicación- que Dios suscita al servicio de la Revelación por palabras y obras (cfr. DV 2), en un proceso ordenado a la respuesta de su acogida por la fe que conduce a la comunión salvífica con Él (cfr. Jn 20, 31) como último fin. Cfr. V. MANUCCI, *Introducción a la S. Escritura*, Bilbao 1996.

¹⁹ Forja 895.

²⁰ Cfr. Documento de la PCB de 1993 *sobre la interpretación de la Biblia en la Iglesia*, II A2.

²¹ Nada tiene que ver con el eterno retorno circular del “tiempo mítico” de las religiones cósmicas. La desmitologización bultmaniana es una deshistorificación radical que desvirtúa totalmente el cristianismo, que queda reducido a una ideología existencialista heideggeriana (en el propio Bultmann), cuando no marxista, como es patente en no pocos seguidores de la teología mal llamada de la liberación, felizmente declinante. Cfr. H. G. GADAMER, *Mito y logos. Fe cristiana y sociedad moderna*, n. 2. Madrid 1984, 14. J. MORALES, *Mito y misterio*, “Scripta Theologica” XXVIII (1996), 77-95. De este tema trato en *Filosofía de la religión*, Madrid 2001, 30, 229, 241 y en *El misterio de los orígenes*, Pamplona 2001, parte I.

que había recibido -con luz profética- el fundador del Opus Dei, con la sobrenatural e imperiosa urgencia de transmitirlo en su predicación hablada y escrita.

Como muestra, he aquí un breve elenco -elegido en función de lo que aquí nos proponemos exponer- de algunas de esas frases-síntesis que tantas veces he oído de sus labios “con un repetido martilleo”:

“Santificar el trabajo, santificarse con el trabajo y santificar a los demás con el trabajo”²².

“Os he repetido, con un repetido martilleo, que la vocación cristiana consiste en hacer *de la prosa de cada día*, endecasílabos”²³.

“Ninguno de nosotros somos un verso suelto, sino que formamos parte de un poema épico, divino”²⁴.

“Para servir, servir”²⁵

Especial expresividad y virtualidad sintética del espíritu que Dios le había dado para transmitir a sus hijos, tiene este texto, estrechamente relacionado -como tendremos ocasión de ver- con el tema directo de este estudio monográfico.

“Quiero que todos mis hijos, sacerdotes y seculares -escribió²⁶- grabéis firmemente en vuestra cabeza y en vuestro corazón algo que no puede considerarse en modo alguno como cosa solamente externa, sino que es, por el contrario, *el quicio y el fundamento de nuestra vocación divina. En todo y siempre hemos de tener -tanto los sacerdotes como los seculares- alma verdaderamente sacerdotal y mentalidad plenamente laical para que podamos entender y ejercitar en nuestra vida personal aquella libertad de que gozamos en la esfera de la Iglesia y de las cosas temporales, considerándonos a un tiempo ciudadanos de la ciudad de Dios y de la ciudad de los hombres*”.

En el espíritu del Opus Dei -comentaba su sucesor Mons. Álvaro del Portillo glosando esas palabras del Fundador que acabamos de citar- estos *dos rasgos se encuentran inseparablemente unidos, como la Cruz en las entrañas del mundo. La Cruz nos recuerda que hemos de identificarnos con Cristo para correr con Él*: por tanto, que *el alma de un hijo de Dios, sacerdote o laico, ha de ser, necesariamente, un “alma sacerdotal”*. Y *el mundo es para nosotros el lugar de esa identificación: la vida profesional, familiar y social*, que todos, laicos y sacerdotes conjuntamente, tratamos de santificar, *a través del ejercicio mismo de las actividades temporales o del sacerdocio ministerial*, con “*mentalidad plenamente laical*”, sin confundir lo humano y lo divino, pero sin separarlos, como no hay en Cristo confusión ni separación, sino íntima unión, entre su naturaleza humana y la divina²⁷.

Mons. Álvaro del Portillo también hacía notar -en este contexto- que *el sello de la Obra, la cruz en la entraña del mundo*, que “vio” al celebrar la Sta. Misa el 14-II-43-²⁸ “compendia el

²² Cfr. Entre otros muchos lugares, *Es Cristo que pasa*, 43.

²³ Cfr. *Conversaciones*, 116. Nótese la cadencia repetitiva del comienzo, que sugiere el toque del Espíritu en el corazón, “*he aquí que estoy a la puerta y llamo*” (Ap. 3, 20). Recuerda el genial hallazgo poético de S. Juan de la Cruz: “con un no se qué que queda balbuciendo”.

²⁴ *Es Cristo que pasa*, 111. *Amigos de Dios*, 76.

²⁵ *Es Cristo que pasa*, 50.

²⁶ Carta del 2-II-1945, n.1, cit por A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, II, Madrid 2002, 672.

²⁷ <<Cuando se renueva el Sacrificio del Calvario, Cristo se ofrece en el altar con los miembros de su cuerpo místico. Ahí adquieren nuestras obras valor de eternidad. Es el momento sublime en el que el *alma sacerdotal* puede volcarse en ímpetu de adoración, de acción de gracias, de reparación y de petición, y entregarse por entero a Dios Padre en unión con el Sacrificio de Cristo, renovando dentro de sí: “*nuestra*” Misa, *Jesús...-(Camino*, n. 533)-. El Señor quiere servirse de nosotros: desea que los cristianos abramos a su amor todos los senderos de la tierra: nos invita a que propaguemos el divino mensaje, con la doctrina y con el ejemplo, hasta los últimos rincones del mundo. Nos pide que, siendo ciudadanos de la sociedad eclesial y de la civil, al desempeñar con fidelidad nuestros deberes, cada uno sea otro Cristo, santificando el trabajo profesional y las obligaciones del propio estado>>. Mons. A. del PORTILLO, *Carta*, II 1993, n. 5 (cit en *Cartas de familia*, III, Roma 1994, n. 372).

²⁸ Al día siguiente, el 15 de Febrero, comunicó al que iba a ser su sucesor (D. Alvaro) en el Escorial, donde se encontraba con D. José María y D. Jose Luis, los tres primeros sacerdotes, preparando exámenes de Teología ,<<

espíritu que Dios ha grabado en los corazones de quienes reciben la vocación al Opus Dei. Su *fundamento* es el sentido de la *filiación divina*, y el *quicio* sobre el que gira, la *santificación del trabajo profesional*. *Simboliza las dos características esenciales de la llamada*".

<<Como el sello graba en el lacre -comentaba Mons. Álvaro del Portillo- primeramente ha de calentarse la pasta, y a continuación se marca la figura haciendo presión con el cuño, "*de modo parecido ha procedido el Señor con nosotros al llamarnos a su Obra*. Nos eligió desde antes de la creación del mundo, nos preparó concediéndonos todas las ayudas necesarias, dispuso mil pequeñas circunstancias en nuestra vida, con inmenso amor, para que un día descubriésemos la vocación; y entonces, cuando movidos por la gracia respondimos que sí, "*ecce ego quia vocasti me*", *marcó definitivamente nuestras almas, manifestándonos: tú eres mío, a ti te he llamado a ser santo con el espíritu del Opus Dei, para poner la Cruz en las entrañas del mundo*.

Tenemos aquí un *claro ejemplo de expresión simbólica* -a la que nos hemos referido en el epígrafe anterior-, tan frecuente en la Sagrada Escritura, especialmente en los profetas; en este caso, por mediación de una *imagen infusa* durante la celebración del Sacrificio eucarístico, muy significativamente; *que con tanta frecuencia aparece* -como hemos observado antes- *en el fundador del Opus Dei*. A veces le venía sugerida *en sueños*²⁹ -"soñaba una vez un conocido mío -nunca le acabo de conocer"- en los que el Señor le daba a entender su simbolismo parenético. También *en vigilia* le ocurría a veces un parecido fenómeno.

"*Oí hablar a unos desconocidos de sus aparatos de radio. Casi sin darme cuenta, llevé el asunto al terreno espiritual: tenemos mucha toma de tierra, demasiada, y hemos olvidado la antena de la vida interior... - Esta es la causa de que sean tan pocas las almas que mantienen trato con Dios: ojalá nunca nos falte la antena de lo sobrenatural*"³⁰.

Bastan estas breves reflexiones introductorias a este estudio (con la intención de facilitar la comprensión del sentido, alcance y significación de su enunciado -de gran densidad teológica- íntimamente relacionado, en sapiencial armonía, con otras expresiones complementarias referidas al mismo sujeto "alma"; clara manifestación del *don de lenguas* que había recibido en el carisma fundacional), sobre este tema de Teología espiritual, poco tratado en la vida y en los escritos del fundador del Opus Dei, que requeriría una investigación mucho más amplia y detenida. Espero que se realizará algún día.

2. Sentido "exhortativo-imperativo" de la expresión relacional "alma de Eucaristía", en relación con sus subordinadas: "alma sacerdotal", "alma de oración y sacrificio", "alma de apóstol", (...). Búsqueda de su significación plenaria a la luz de las implicaciones teológicas de sus dos polos, objetivo y subjetivo.

2.1 *Ser "alma de Eucaristía" significaba para él, en el contexto de su predicación, - digamos anticipando algo de lo que iremos descubriendo a lo largo de este estudio- la progresiva identificación con Cristo presente en la Hostia Santa, como fuente y raíz de santidad y de apostolado, que se obra en el cristiano que se abre plenamente, por la fe, a la irradiación salvífica de la Eucaristía*. El Espíritu santificador se derrama, como fruto de la Cruz, desde su presencialización sacramental eucarística en el alma del cristiano dócil a sus mociones, haciendo de él *el mismo Cristo "que pasa"*; de modo tal que pueda "testimoniar y transparentar

recuerdo que me enseñó su agenda, en la que había escrito, inmediatamente después de la Santa Misa: *En la casa de las chicas, en la Sta. Misa: "Societas Sacerdotalis Sanctae Crucis"*, y debajo del sello de la Obra, que después había dibujado también en el papel que le entregaron sus hijas: la Cruz en las entrañas del mundo. Escribió algunos años más tarde: "*pensad en mi alegría al contemplar la solución para que mis hijos sacerdotes, cuya necesidad tanto se hacía sentir, pudieran dedicarse de lleno a los apostolados de la Obra*>>. Cfr. A. VAZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, vol II, Madrid 2002, 610 ss.

²⁹ Medio de comunicación sobrenatural frecuente en la Escritura y en la hagiografía (especialmente en S. Juan Bosco, como es sabido)

³⁰ *Forja*, 510.

así Cristo ante los demás”³¹: “¡Sé alma de Eucaristía! Si el centro de tus pensamientos y esperanzas está en el Sagrario, ¡qué abundantes los frutos de santidad y de apostolado!” (Forja, 835).

En el cristiano, según el fundador del Opus Dei, los hombres tienen que poder reconocer a Cristo. Por eso decía que los cristianos deben ser “viriles”, en el sentido del *ostensorio que muestra a Cristo*: <<Vamos, pues, a pedir al Señor que nos conceda ser almas de Eucaristía, que nuestro trato personal con Él se exprese en la alegría, en serenidad, en afán de justicia. Y facilitaremos a los demás la tarea de reconocer a Cristo, contribuiremos a ponerlo en la cumbre de todas las actividades humanas. Se cumplirá la promesa de Jesús: Yo, cuando sea exaltado sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí>>. (Jn 12, 32)³².

<<... cuando un día, en la quietud de una iglesia madrileña, yo me sentía ¡nada! -no poca cosa, poca cosa hubiera sido aún algo-, pensaba: ¿Tú quieres, Señor, que haga toda esta maravilla? (...) Y allá, en el fondo del alma, entendí con un sentido nuevo, pleno, aquellas palabras de la Escritura: *et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham, ad meipsum* (Jn 12,32). Lo entendí perfectamente. El Señor nos decía: si vosotros me ponéis en la entraña de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño..., entonces *omnia traham ad meipsum*! ¡Mi reino entre vosotros será una realidad!>>³³.

<<Carísimos: Jesús nos urge. *Quiere que se le alce de nuevo, no en la Cruz*³⁴, sino en la gloria de todas las actividades humanas, para atraer a sí todas las cosas (Jn 12, 32) (...) Mas, para cumplir esta voluntad de nuestro Rey Cristo, es menester que tengáis mucha vida interior: que seáis “almas de Eucaristía”, ¡viriles!, almas de oración... haciendo que se repita muchas veces por quienes os tratan en el ejercicio de vuestras profesiones y en vuestra actuación social, aquel comentario de Cleofás y de su compañero de Emaús: *nonne cor nostrum ardens erat in nobis dum loqueretur in via?* ¿acaso nuestro corazón no ardía en nosotros, cuando nos hablaba en el camino? (Lc 24, 32)>>. (Instrucción 1-IV-1934, n. 1 y 3).

Dios le hizo entender la existencia secular santificada como la “visibilidad” de Cristo en la Cruz atrayendo a los compañeros del quehacer humano en el mundo. El pasaje de los discípulos de Emaús -en el que precisamente Jesús explica el sentido glorioso de la Cruz y que Mons. Escrivá pone en relación con lo “entendido” el 7 de agosto de 1931- es bajo ese aspecto, elocuente: habéis de ser de Cristo -decía- para “quienes os tratan en el ejercicio de vuestras profesiones y en vuestra actuación social”. El texto de Lc 24, 32, al mostrar el corazón de aquellos dos discípulos encendido por la conversación de Cristo en el camino, insinúa el carácter *fascinante* del Cristo exaltado. Si a un cristiano corriente que lucha por vivir en Cristo su existencia secular, se le “mira”, con la gracia de Dios se “ve”, en la verdad de su sacrificio y de su entrega (signo), a Cristo que pasa y que atrae, “manifestad claramente el Cristo que sois, por vuestra vida, por vuestro Amor, por vuestro espíritu de servicio, por vuestro afán de trabajo, por vuestra comprensión, por vuestro celo por las almas, por vuestra alegría”³⁵.

En una homilía del día del Corpus Christi toma ocasión de la salida procesional de Cristo sacramentado a las calles (del “prisionero del Sagrario”) para *invitar* a los cristianos, a ser “almas de Eucaristía”, en las que habita Cristo por la fe viva como en un Sagrario viviente (cfr. Ef 3, 17) a ser *portadores de Cristo*, “viriles”, “ostensorios vivientes” *itinerantes que recorren*

³¹ P. RODRÍGUEZ escribe: “Ser alma de Eucaristía -expresión muy suya-, era para él una manera de intimidad e identificación con Cristo, que testimonia y transparenta a Cristo para los demás”. La pone en relación con la dimensión eucarística del vivir del cristiano llamado a ser “ipse Christus”, según el sentido pleno de Juan 12, 32, que le hizo ver el Señor. (Cfr. nota siguiente).

³² Es Cristo que pasa, 156.

³³ Meditación, 27-X-1963. Al alzar la Sagrada forma el día de la Transfiguración “intra Misam” (7-VIII-1931), “comprendió” Juan 12,32 y “vio” el triunfo de Cristo. “Podríamos decir que toda su doctrina sobre la Eucaristía como *centrum ac radix* de la evangelización y de la vida espiritual es la manera sacramental de expresar la centralidad del misterio de la Cruz revelado en Juan 12, 32”. P. RODRÍGUEZ “*Omnia traham ad Meipsum*”. El sentido de Juan 12, 32 en la experiencia espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer, en VV.AA. *Estudios* (“Romana”) 1985-1996, 249-275.

³⁴ Ya se hizo una sóla vez por todas aquella única oblación de su Cuerpo inmolado en el Calvario, como dice la Carta a los Hebreos (9,28). Basta con su presencialización sacramental para aplicar sus frutos con la cooperación de su Esposa, la Iglesia; necesaria para que se realice la obra de la salvación del mundo.

³⁵P. RODRÍGUEZ, *Omnia traham*, cit.

todos los caminos de la tierra codo a codo con sus conciudadanos. Es la procesión “*de todos los días*”, que ha de ser el paso del cristiano (coherente con su fe) en las actividades de la vida ordinaria. El cristiano, en sus actividades seculares santificadas, “es Cristo que pasa”, y, por eso, desprende el *bonus odor Christi*, para ser sal y luz en medio del mundo.

La vida secular transfigurada por la Cruz es gloriosa, fascinante, está atravesada de la alegría de Dios: <<Tú has hecho, Señor, que yo entendiera que tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría. Y, la razón -lo veo con más claridad que nunca- es ésta: *tener la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo, y, por eso, ser hijo de Dios*>>. (Meditación, 28-IV-1963)³⁶.

2.2 Del análisis de estos textos elegidos -de extraordinaria fuerza expresiva, manifestación del “don de lenguas” que hemos estudiado más ampliamente en otro lugar³⁷-, se deduce -en una primera aproximación, de la que partimos en este estudio- que ser “alma de Eucaristía” en el contexto de su predicación, tiene las siguientes características:

1/ Es un *don de Dios*, a quien el cristiano debe rogar que se le conceda.

2/ Su recepción exige una *tarea de libre cooperación* con la gracia transformante del Espíritu, de modo tal que *se abre a un horizonte sin límites, en una progresiva identificación* con Cristo. Es siempre, pues, un germen dinámico, un esbozo, una esperanza de llegar a la plenitud de la filiación divina en Jesucristo, *cuya consumación es escatológica*.

“Me veo como un pobre pajarillo -escribe en un sugerente lenguaje simbólico- acostumbrado a volar del árbol en árbol o, a lo más (...) hasta el tejado de cierta casa modesta... Mas he aquí que lo arrebató un águila (...) y el pajarillo sube muy alto (...)

¡Señor, que no vuelva a volar pegado a la tierra!, ¡que esté siempre iluminado por los rayos del divino Sol -Cristo- en la Eucaristía!, ¡que mi vuelo no se interrumpa hasta hallar el descanso de tu Corazón!”³⁸

3/ Su propuesta tiene un sentido de *requerimiento a la libertad* del hombre, con un alcance no sólo de invitación, sino de *imperativo de vida cristiana coherente con la llamada a la santidad dirigida a todos* sin excepción.

4/ *Que para la mayor parte de los hombres pueden y deben ser las circunstancias y situaciones de la vida ordinaria*, sin abandonar el propio ambiente, el lugar y medio de *comunidad con Dios*.

5/ Que esa comunión con Dios *es obra de la mediación salvífica del misterio de la Cruz gloriosa operante en la Eucaristía*, “*centrum ac radix*” de la vida espiritual y de la fecundidad apostólica, cuya meta es la identificación con Cristo y la evangelización del mundo, *que alcanza -por la Comunión de los Santos- la humanidad entera, de todos los tiempos y lugares y se consuma en la eterna bienaventuranza* (“*pignus futurae gloriae*”).

“Cuando luchamos por ser verdaderamente *ipse Christus*, el mismo Cristo, entonces en la propia vida se entrelaza lo humano con lo divino. Todos nuestros esfuerzos -aun los más insignificantes- adquieren un *alcance eterno*, porque van unidos al sacrificio de Jesús en la Cruz”³⁹.

6/ *Que el cristiano debe ser “Cristo que pasa”, portador de Cristo, ostensorio viviente que atrae todo hacia su Cruz gloriosa* (cfr. Jn 12, 32), *contribuyendo así a la dilatación de su Reino*, en la progresiva recapitulación de todo en el Cristo total, hasta que Dios sea todo en todos (1 Cor 15, 25-28) en la consumación escatológica de su Reino.

Si el Señor se ha quedado desde su Ascensión sacramentalmente presente en los signos -especies de pan y de vino-, como “prisionero”, en los vasos sagrados, viriles, sagrados, ostensorios, de gran riqueza a veces -como expresión de fe, amor y agradecimiento a la locura de amor de su donación a los hombres⁴⁰, en el exceso de su amor anonadado “hasta el extremo”

³⁶ P. RODRÍGUEZ, *Ibid*.

³⁷ Sobre el tema he escrito el estudio *Don de lenguas y teología del trabajo en la predicación del fundador del Opus Dei*, en “IV Simposio internacional de Fe cristiana y cultura contemporánea. Actas”. Pamplona 2002.

³⁸ *Forja*, 39.

³⁹ *Vía Crucis*, n. 5, post X estación.

⁴⁰ Cfr. Ef 4, 14.

(Jn 13, 1)- *es porque desea vivir en el "tabernáculo" del corazón humano* (cfr. Ap. 21, 3) "*en su alma y en su cuerpo*", *para transformarlos* en Él. ("Amada en Amado transformada", canta S. Juan de la Cruz, como aludiendo al paradigma de la *transubstanciación eucarística* de elementos materiales, *pan de trigo y vino*, como medio o camino para esta *transformación del hombre -también de su cuerpo* (cfr. Rm 8, 23; 1 Cor 15, 51; Ef 3, 21)-- *en Cristo, hasta alcanzar el estado de varón perfecto*, que llegará a su plenitud escatológica cuando Dios sea todo en todos en un universo transfigurado (1 Cor 25-28)).

Tal es la razón formal y la finalidad última tanto de la *transustanciación* de los elementos materiales en su Cuerpo y en su Sangre, como de su *presencia eucarística en los tabernáculos* de nuestras iglesias (por aquella operada). Sale una vez al año en procesión movido por su ardiente deseo (Cfr. Lc 22, 15) de "atraer a todos hacia Sí" (Jn 12, 31) con la intención de urgir "a sus siervos" a que salgan "a los cruces de los caminos": "Llamad a las bodas a cuantos encontréis (Mt 22, 9)" "et *compelle intrare*" "para que se llene mi casa de convidados" (Lc 14, 2). "Es la procesión de todos los días" de las "almas de Eucaristía" -ostensorios vivientes-, "que ponen el centro de su pensamiento y sus esperanzas"⁴¹ en el *Cuerpo Eucarístico del Señor*, que forma progresivamente -con su cooperación- su *Cuerpo Místico* (Cfr. 1 Cor 10, 7).

7/ Por eso, tanto el *sacerdocio común* que se recibe en el bautismo, como el *ministerial* - que "mutuo se complement" y "ad invicem ordinantur" (LG, 10), en *cooperación orgánica*- son *sacerdocio real*, pues participan ambos -en distinción no gradual, sino esencial, en el sentido que precisaremos luego- del *sacerdocio real de Cristo sacerdote, Rey del Universo*, que *quiere dilatar su reinado* en la humanidad que conquistó al precio de su Sangre *con la mediación* - "mediadores en Cristo Jesús"- *de las almas de Eucaristía*.

<<Cristo Sacerdote es también Rey del universo. Aunque de momento no vemos aún que todo le esté sometido, *en la Cruz* ha vencido al pecado y, con la fuerza del Espíritu Santo, *atrae todas las cosas hacia sí*. *Con su sacerdocio conquista su Reino*. Es Rey que gobierna y conduce a las almas al cielo, como Buen Pastor que guía a sus ovejas. Escribe un Padre de la Iglesia que "la señal de la cruz hace reyes a todos los regenerados en Cristo, y la unción del Espíritu Santo los consagra sacerdotes". Y Santo Tomás afirma de modo rotundo: "todos los fieles cristianos, en cuanto son miembros de Cristo, se llaman sacerdotes y reyes". El sacerdocio común que hemos recibido en el Baustismo es real, regio, porque al ofrecer a Dios lo que somos y tenemos, y al ofrecerle todas las actividades humanas nobles realizadas según el querer divino, somos reino de Cristo y reinamos con Él. Como ha enseñado el Santo Padre, los fieles "viven la realeza cristiana, antes que nada, mediante la lucha espiritual, para vencer en sí mismos el reino del pecado">>⁴².

<<Con el mismo empeño que anhelamos que Cristo Reine en nosotros, nos urge también que Reine en todas las almas y en la sociedad entera. Nuestra alma sacerdotal debe albergar ese *afán de conquista* que hacía exclamar a nuestro Padre: ¡*Regnare Christum volumus!* Por eso amamos con todas nuestras fuerzas a la Iglesia, que constituye en la tierra "el germen y el inicio" del reino de Cristo, la familia de los hijos de Dios "reunida en la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo">>⁴³.

2.3 Para profundizar más aún en lo que significa ser "*alma de Eucaristía*", me ha parecido conveniente, también, conocer las *diversas significaciones* -comunes en diversas lenguas y culturas- *del sujeto* - "*alma*"- *de esa expresión* con el fin de *relacionarla con otras expresiones análogas en el lenguaje del fundador del Opus Dei referidas al mismo término* -alma-; *porque se implican de alguna manera y se iluminan mutuamente*, en sapiencial armonía convergente y complementaria. (He aquí una manifestación del "don de lenguas" de que fue beneficiario, al servicio de la transmisión del mensaje que le había sido confiado, indisociable de su carisma fundacional. Como es sabido, es creciente el interés entre los exegetas por los *métodos de análisis literario* -retórico, narrativo y semiótico-, *para la hermenéutica de los textos inspirados*, que puede aportar no pocos matices en orden a ahondar en su significación plenaria)⁴⁴.

⁴¹ Cfr. Forja 835.

⁴² Mons. Alvaro del PORTILLO, *Carta*, en las bodas de oro de la Sociedad sacerdotal de la Santa Cruz, 1993. Cfr. *Cartas de familia*, cit. III, 373.

⁴³ *Ibid.*

⁴⁴ Cfr. *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, cit 1993, I B. "*Per philologiam ad theologiam*", solía repetir como "mot d'ordre" el conocido exégeta I. de la Potterie.

El diccionario de la Real Academia española describe varios *sentidos de la palabra alma*. Todos ellos están *relacionados entre sí*, si advertimos -como resultado de su análisis comparativo en el uso lingüístico- *que es un término “análogo”* que se atribuye a realidades diversas, por su relación de semejanza, pertenencia o causalidad con su significación originaria.

Todos ellos los podemos encontrar en los escritos, y en la predicación del fundador del Opus Dei, comenzando por el analogado principal de la palabra alma. (Los citamos en cursiva, en cada uno de los analogados de la misma). Veámoslo.

A/ “Alma” designa, originariamente -tal el “analogatum princeps” del término- “*el principio que da forma y organiza el dinamismo vegetativo, sensitivo e intelectual de la vida del hombre*”⁴⁵ (a). A veces *se atribuye también el término alma al hombre en su totalidad personal* -sea varón o mujer-, cuando se designa por su parte más formal y más significativa (como ocurre cuando se habla del número de “almas” o habitantes de una región) (b).

“Qué respeto, qué veneración, qué cariño hemos de sentir por *una sola alma*, ante la realidad de que Dios la ama como algo suyo” (*Forja* 34). “Todas son *almas* de primerísima; ninguna de tercera categoría, en la intención de Dios Creador”. (Cfr. *Ibid.* 893). *Cada alma* es un tesoro maravilloso. Vale toda la Sangre de Cristo (a)⁴⁶.

Habla indistintamente de “*alma*” de oración (*Camino* 27), o “*alma*” de apóstol (*Ibid* 831, 930), y de “*hombre*” de oración, sacrificio y apostolado, como características del “*hombre de Dios*” (a) y (b)⁴⁷.

Lo mismo ocurre con el sintagma “*alma de criterio*” (a), que encontramos una sola vez en sus escritos⁴⁸ - en su predicación era frecuente-. Vuelve a aparecer, con el mismo sentido, con la expresión equivalente “*hombre de criterio*” (b), definido como “hombre que se deja poseer por la Sabiduría divina”⁴⁹, “sin miedo a agotar la verdad” (*Camino*, n. 33)

En alguna ocasión alude a la *doble condición personal del alma humana, hombre o mujer* (al “género”, como se suele designar ahora, de modo tan abstracto como ambiguo, que evita tomar partido sobre la más radical diferenciación personal de la condición humana, fundamento de la llamada “estructura familiar de la persona humana”; una de las dimensiones de la imagen de Dios en el hombre. Dios es Uno y Único, pero no un solitario, sino Comunión de Tres Personas idénticas y coeternas, Familia Trinitaria).

“Tienes que ser *alma* -hombre, mujer- *de realidades*”. (Es decir: que procuran “realizar”, con la ayuda de Dios, los buenos deseos, poniéndolos en práctica)⁵⁰.

B/ El diccionario *añade las expresiones relacionales del analogado principal*, tales como las compuestas de *alma con genitivo*, “*alma de Dios*”, “*alma de cántaro*”, “*alma de Caín*” (a), o *con calificativos*, “*alma atravesada*” (b).

A ellas pertenecen el enunciado de nuestro estudio: “*alma de Eucaristía*”, y las otras -tales como “*alma sacerdotal*”, “*alma de oración*” (y sacrificio), “*alma contemplativa*”, “*alma de criterio*”, “*alma de realidades*”,

⁴⁵ El Diccionario precisa que en algunas religiones y culturas es: “sustancia espiritual e inmortal, capaz de entender, querer y sentir, que informa al cuerpo humano y con él constituye la esencia del hombre”.

⁴⁶ La filosofía personalista actual subraya que el hombre es (con los espíritus angélicos) la única criatura llamada por su nombre y querida por sí misma, cada una como única. Dios -se ha dicho- rompe el molde una vez modelada “con sus dos manos”: el Verbo y el Espíritu (S. Ireneo) (Cfr. CEC n. 704). “Dios sólo sabe contar hasta uno”, (Chesterton).

⁴⁷ <<Es preciso que seas “hombre de Dios”, hombre de vida interior, hombre de oración y sacrificio, tu apostolado debe ser una superabundancia de tu vida para adentro>>. *Camino* n. 961.

⁴⁸ En el *Prólogo* de *Camino* (cfr. comentario al mismo en la monumental y excelente edición crítica de P. RODRÍGUEZ).

⁴⁹ *Carta* 24-X-65, n. 75, cit en la edición crítica de *Camino* de P. Rodríguez. Véase el comentario al n. 33.

⁵⁰ <<Lléname de buenos deseos, que es una cosa santa, y Dios lo alaba. ¡Pero no te quedes en eso! Tienes que ser “alma -hombre, mujer- de realidades”. Para llevar a cabo esos buenos deseos, necesitas formular propósitos claros, precisos. -Y, después, hijo mío, ¡a luchar, para ponerlos en práctica, con la ayuda de Dios!>>. *Forja*. Las enseñanzas de S. Josemaría sobre la mujer y la familia, que tanto eco e influencia han tenido, forman parte muy importante de su carisma fundacional. Cfr. un buen resumen de su pensamiento en *Conversaciones*. “Entrevista sobre la mujer y la familia”.

“alma infantil”⁵¹, “alma de apóstol”-, que encontramos en sus escritos (en ella fundadas e implicadas, como veremos).

(a) El *genitivo* designa una *pertenencia o posesión respecto al sustantivo* (alma). *La posee determinándola con alguna cualidad*. Pero el alma -la persona humana que ella vivifica- *sólo pertenece totalmente*, en una constitutiva relación de dependencia a Dios, su Creador y Salvador, (“alma de Dios”); sólo a Él debe entregarse de modo total, a través de *las mediaciones creaturales necesarias para alcanzarlo* (como lo es la Eucaristía y la Iglesia fundada sobre Pedro) (1).

“Jesús, *soy tuyo*, y me entrego a Ti, y me clavo en la Cruz gustosamente, siendo en la encrucijadas del mundo *un alma entregada a Ti*, a tu gloria, a la Redención, a la corredención de la humanidad entera”. (*Vía Crucis*, XI Estación).

Puede un alma, sin embargo, pertenecer a tal o cual País, comunidad -o a tal o cual tipología de la condición humana, *en sentido propio* (“alma de eslavo”); *o metafórico* (“alma de león”, “alma de cántaro”)-, pero su influjo no le hace depender de ellos de modo absoluto (“non secundum se totum et secundum tota sua”). Por eso el *genitivo*, en estos casos, le cualifica o determina en virtud de su pertenencia a él; pero no le posee, o nos debe poseer, dominándola de una manera total (2).

<<Rechaza el nacionalismo, que dificulta la comprensión y la convivencia: es una de las barreras más perniciosas de muchos momentos históricos. Y recházalo con más fuerza -porque sería más nocivo-, si se pretende llevar al Cuerpo de la Iglesia, que es donde más ha de resplandecer la unión de todo y de todos en el amor a Jesucristo>> *Forja*, 879. Cfr. 869.

El hombre no se subordina a la comunidad política, por ejemplo, sino en la medida en que está implicado su bien particular al bien común. Pero ella le está subordinada, está al servicio de la persona. (Me viene a la memoria la famosa oda al “alma de Cataluña” de 1903, del gran poeta Maragall, que expresa muy bien esa idea).

(b) Los *calificativos*, a su vez, significan *pertenencia a un orden de participación, propia* -“alma femenina”- *o metafórica* -“alma atravesada”-, *en algo o alguien de cuyas notas o cualidades participa* (que puede expresarse también en *genitivo*, respecto a lo *imparticipado del que ese orden depende* -en sentido propio o metafórico- *fundando la común posesión de esos caracteres*). También aquí hay que repetir, como es obvio, *que sólo respecto a Dios -o a las mediaciones necesarias para alcanzarlo-, designan dependencia o subordinación total* respecto a lo participado (*participación trascendental*) (1). No así respecto a realidades creadas (*participación categorial, sustancial o accidental*), tanto en *sentido propio* (“alma femenina”) como *metafórico* (“alma atravesada”) (2).

De ahí la *diferencia esencial* entre expresiones relacionales [(a) y (b)] de este último tipo (2), tales como “alma de cántaro”, “alma de torero”, “alma escocesa” respecto a las que designan una relación de dependencia total a Dios, su Principio y Fin -que se expresa en actitudes subjetivas de total entrega y disponibilidad (oración, sacrificio y servicio) - *mediaciones subjetivas*-, o a sus necesarias *mediaciones objetivas* para alcanzarlo, que estudiaremos más adelante (Pedro, María, Jesús-Hostia) (1).

A estas últimas (1) pertenecen los sintagmas, *alma (hombre) de Dios* (recuérdese el conocido clásico castellano: “el honor es patrimonio del alma y *el alma sólo es de Dios*”). Y siguiendo el orden -que estableceremos enseguida-, en los referidos a mediaciones necesarias - *objetivas y subjetivas*- para alcanzarlo como fin en comunión salvífica con Él: “*alma de*

⁵¹ Aparece una sola vez, en *Forja*, 43, donde expresa un deseo de ofrecer a Dios -ya desde ahora- “un sacrificio grato a Dios, como el de Abel, “lo mejor del rebaño”, de corazones jóvenes “que solo tengan un amor: Tú, Dios mío; de inteligencias trabajadas por el estudio profundo, que se rendirán ante tu sabiduría; de *almas infantiles*, que no pensarán más que en agradarte”. En un contexto sacrificial-eucarístico, alude a la necesidad *de hacerse niños* como condición para entrar en el Reino de Dios.

Eucaristía”, “*alma sacerdotal*” -“*alma (hombre) de criterio*”-, “*alma de oración y sacrificio*”, “*alma de apóstol*”. (Cfr. Textos citados).

C. *Otras acepciones del término alma* recogidas en el diccionario, son *analogados secundarios*, a los que se atribuye por su *semejanza en algunos aspectos con la significación originaria* del alma como *analogado principal*, en especial su dinamismo vivificante. *Son dos: subjetiva y objetiva.*

(a) *La primera -subjetiva-* alude a una *cualidad anímica: la “viveza, espíritu, energía”* con la que se hace algo.

En el brindis del 40 aniversario de la fundación del Opus Dei en Pozalbero: “¡Siempre fieles, siempre alegres, *con alma* y *con calma!*” (alusión quizá al lema del escudo familiar ¡*alma, calma!*).

“*Con alma*”: de buena gana, con gusto. En nuestro contexto eucarístico, dejándose invadir por el Amor de Jesús-Hostia, que nos transforma en Él, dándonos un corazón semejante al suyo lleno de celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas.

“*Con calma*”, con la serenidad de quien, como hijo de Dios en Cristo, manso y humilde corazón, se abandona a la divina Voluntad, caminando “al paso de Dios” -sin precipitaciones, fruto de la inmadurez de quien se deja “atrapar” por los acontecimientos pasajeros, por no saber verlos a la luz de Dios, “sub speciae aeternitatis”- abandonados a su Providencia amorosa y salvífica⁵². A esa madurez aluden muchos textos. Por ejemplo, éste que transcribo a continuación: “Has de tener la medida, la fortaleza, el sentido de responsabilidad que adquieren muchos a la vuelta de los años, con la vejez. Alcanzarás todo esto, siendo joven, si no me pierdes el sentido sobrenatural de hijo de Dios: porque El te dará, más que a los ancianos, esas condiciones convenientes para hacer tu labor de apóstol”. (*Forja*, 53).

(b) *La segunda -objetiva-* es la acepción referida no a una cualidad anímica poseída, sino a un *principio activo que “anima” a algo o a alguien como hace el alma con el cuerpo, o que del aliento, fuerza, anima o inspira*. Se dice, por ejemplo, en el lenguaje teológico, que *la oración es el “alma” de todo apostolado*. O que *el amor obediente de la voluntad humana de Cristo Mediador a la voluntad salvífica del Padre hasta la muerte de cruz, por ejemplo, es el “alma” de la Redención*; o que *el Espíritu Santo es el “Alma del alma cristiana o de la Iglesia”*. (*Alma increada de la Iglesia* -en la conocida terminología del Cardenal Journet- y *de cada una de las almas que viven en su seno materno*).

En ese sentido *la vida eucarística del “alma de Eucaristía”*, en tanto que por Ella vivificada -el *polo objetivo* del sintagma que estudiamos-, -*en la medida en que centra y orienta su vida en el misterio eucarístico con “alma sacerdotal”*, haciendo de ella “*alma de oración*” -que debe ser continua -como la respiración-, “*de sacrificio y servicio*” de corredención-; o *la Sabiduría sobrenatural del “alma de criterio”*: que pone su corazón en Dios por la oración, el sacrificio y la entrega incondicional a su Reino, dejándose poseer por Él-; *pueden, una y otra, ser llamadas Alma [C (b)] de su alma [A(a)]*; pues la vivifican -como el “*latir del corazón*”, *al unísono con la plenitud desbordante de verdad y de vida del Corazón de Cristo*-, por obra del Espíritu Santo (que se derrama -como fruto de la Cruz- del misterio Pascual, salvíficamente presente en la Eucaristía, de la que vive la Iglesia).

2.4 ¿Cuál es la debida *jerarquización en la secuencia de esas expresiones relacionales* “*alma*” con *genitivo o cualificativo* que hemos recogido aquí -siempre necesariamente implicadas- *que aparecen de manera recurrente en la predicación del fundador del Opus Dei?*

“*Alma de Eucaristía*” sería la primera, sin duda, en esa jerarquía (*en tanto que implica una intrínseca relación con el ministerio petrino y con la mediación maternal de María, que precisaremos luego*). A ella -“*alma de Eucaristía*”- *se subordinan todas las demás*, en tanto que a ella *disponen*, y en ella *se fundan* “in radice”. Así lo explicitaremos, con creciente profundidad, a lo largo de este estudio. Ante todo “*alma sacerdotal*” (*cualidad del sujeto activo del sacerdocio real, común o ministerial- que dispone a establecer la relación adecuada entre los dos términos o polos -subjetivo y objetivo- de la expresión que estudiamos*).

⁵² Cfr. F. OCÁRIZ, I. DE CELAYA, *Vivir como hijos de Dios*, Pamplona 1993.

Esta última expresión, “*alma sacerdotal*” -íntimamente relacionada con la que aquí hacemos objeto inmediato de nuestro estudio (“*alma de Eucaristía*”)- la acuñó el fundador del Opus Dei para expresar la *disposición habitual del fiel cristiano* -de su alma humana; “*ungida*” por los caracteres sacramentales consecratorios- *de ejercer la propia participación -común o ministerial- en el Sacerdocio eterno de Cristo, convirtiendo todas sus actividades en oración, sacrificio y servicio de corredención -en íntima unión con el Sacrificio redentor de la Cruz sacramentalmente presente* (renovado) para aplicar sus frutos, con la cooperación de la Iglesia, en la Santa Misa. *Para la mayor parte de los cristianos esta cooperación será el ofrecimiento de todas las tareas y de las ocupaciones ordinarias* más comunes en medio del mundo que, informadas por la caridad que brota del Corazón eucarístico de Jesús-Hostia, son -en “*unidad de vida*”, como veíamos en el apartado anterior, “sin confusión ni separación” (es decir, realizadas con “*mentalidad laical*”)- *verdadero sacrificio espiritual*⁵³.

Las otras expresiones, “*alma contemplativa*”, “*alma de oración*” (y *sacrificio*), “*alma de criterio*”, “*alma de apóstol*”, etc., son, obviamente, *características esenciales del “alma sacerdotal” del cristiano*, que hace de su vida entera una oblación a Dios en íntima unión con Cristo Sacerdote que entrega su vida para la salvación del mundo, convirtiéndola así en oración -siendo “un contemplativo itinerante”- en sacrificio y en servicio salvífico corredentor⁵⁴. Todas ellas son *expresión de la necesidad de libre cooperación subjetiva (“opus operantis”) para que se haga salvíficamente eficaz el don sacramental eucarístico, fuente (“centrum et radix”) de toda la gracia salvífica del Espíritu Santo, que se derrama, como fruto de la Cruz (“ex opere operato”)* desde su presencIALIZACIÓN sacramental en el Santo Sacrificio de la Misa en oferta de salvación, que puede ser libremente acogida o rechazada.

De la conjunción de ambos movimientos, descendente -don del Esposo, Cristo, el nuevo Adán (“dilexit Ecclesiam et tradidit semetipsum pro Ea”, que adquiere como Esposa purificada con la Sangre de la nueva Alianza en su Pasión y Muerte de Cruz. (Cfr. Ef. 5, 25 ss))- y ascendente -don de la Esposa, que aporta la Iglesia corredentora -que nace del Costado abierto del nuevo Adán y de la espada de dolor de la Mujer, nueva Eva, María Corredentora-, brota la salvación del mundo, por mediación de las “almas de Eucaristía”, en orgánica cooperación de sacerdotes y laicos con alma sacerdotal, hecha posible por el ministerio petrino, principio de unidad en la fe y en la comunión. (“quoties hoc sacramentum celebratur, opus nostrae redemptionis exercetur”⁵⁵).

2.5 Veámoslo, en sus fundamentos teológicos y por pasos contados, en los epígrafes siguientes; comenzando por la radicalidad de las enseñanzas del fundador del Opus Dei sobre la *centralidad de “la Sagrada Eucaristía”* -así solía designarla- *como raíz y fuente de toda la gracia salvífica que anima a la Iglesia* (§3), constituyéndola en “*sacramentum salutis mundi*” con la necesaria mediación de María y -en ella fundada- del ministerio petrino. De ambas dimensiones, mariana y petrina, presentes en el misterio Eucarístico -“que hace o edifica la Iglesia”- trato en el epígrafe siguiente (§4). Tal es el término o *polo objetivo* del sintagma cuya significación buscamos explicitando sus implicaciones teológicas.

Quedaría incompleto el horizonte de significado de esta expresión relacional sin el análisis de su *polo subjetivo* (§5), que manifiesta -a su vez- una bipolaridad estructural -sacerdocio común, sacerdocio ministerial- diversamente referida a su polo o término objetivo, la Eucaristía. Se trata de una diversidad esencial, pero vivida en el marco de *una idéntica actitud subjetiva* -común a todos los miembros del pueblo de Dios (sacerdotes y laicos)- de plena entrega de la propia vida a la misión corredentora de la comunidad sacerdotal del pueblo de Dios, *que S. Josemaría denominaba “alma sacerdotal”*. (Ella compendia -como decíamos- todas las otras expresiones en “*alma*” que aparecen en su predicación).

Se evidencia en ese análisis *la necesaria presencia del sacerdocio ministerial*, en tanto que hace sacramentalmente presente el don del Esposo en el santo Sacrificio de la Misa, como Alter Ego sacramental de Cristo Cabeza y Esposo de la Iglesia, y a ella trascendente (“*el muro*

⁵³ Cfr. M.M. OTERO, *El alma sacerdotal del cristiano*, en VV. AA, “Mons. Escrivá de Balaguer y el Opus Dei”, en el 50 aniversario de la fundación, Pamplona 1985, 293-320.

⁵⁴ Cfr. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, II, Madrid 2002, 671, donde expone la carta de 2-II-1945) (n. 10).

⁵⁵ Oración secreta del la Misa votiva de la Eucaristía (Misal Romano).

sacramental”, en expresión de S. Josemaría)⁵⁶, para hacer posible el ejercicio -con alma sacerdotal- de la misión corredentora del entero pueblo de Dios, sean laicos o ministros ordenados. Todos sus miembros están llamados a ser “almas de Eucaristía” -en orgánica y complementaria cooperación del sacerdocio común y del ministerial- para que contribuyan a que se realice la obra de la Redención -sin confusión ni separación de las funciones que a cada uno competen-, según la vocación recibida.

En modo alguno deben considerarse esos análisis como “excursus” inesenciales que sólo remotamente -de modo marginal- se relacionarían con nuestro tema (como pudiera parecer en una lectura superficial). Sólo ellos permiten establecer -en la *perspectiva eclesiológica* que les es propia- la *adecuada relación* (“alma sacerdotal”) *entre ambos polos, subjetivo y objetivo*, de la expresión que estudiamos -“alma de Eucaristía”-, que implica y funda todas las expresiones relacionales con el mismo sujeto, *alma*, que aparecen en la predicación del fundador del Opus Dei, dándole su verdadero sentido. Se evitan así falsas interpretaciones que pueden dar pie, tanto a un penoso “clericalismo” (en el sentido peyorativo del término, que hace referencia a la “mentalidad de grupo privilegiado y dominador”, completamente ajena al ministerio sacerdotal, que es un servicio), como -en el otro extremo- a un “secularismo laicista” anticlerical trasnochado, que nada tiene que ver con una genuina “mentalidad laical” (cfr. § 1, 3); ambos igualmente rechazables.

3. Análisis de su polo objetivo. (I) “La presencia de Jesús en la Hostia Santa, “garantía”, raíz y consumación de su presencia salvífica en el mundo”⁵⁷ en el misterio de la Iglesia. Significación escatológica de la Eucaristía. El principal ministerio del sacerdocio -que funda todos los demás- es la renovación sacramental del Sacrificio de la Cruz.

3.1 *La Eucaristía* -comenzamos el análisis teológico del polo objetivo del sintagma relacional cuya plena significación buscamos- *no es uno más de los sacramentos, sino el más perfecto de todos*. La razón es obvia: en él está presente el mismo Autor de los Sacramentos. Pero no se agota ahí su riqueza de contenido, ya que -como dice Juan Pablo II en la Carta encíclica “Redemptor hominis” (n. 20), programática de su pontificado- “es al mismo tiempo *Sacramento-Sacrificio, Sacramento-Comunión, Sacramento-Presencia*”.

De todas ellas trata su carta Encíclica “Ecclesia de Eucharistia” -número 14 de su pontificado-, aparecida el 16-IV-2003, después de escrito este estudio. Me alegra advertir la gran sintonía de inspiración y de fondo con las tesis que aquí se exponen⁵⁸.

Hay una *gracia sacramental específica*, propia de la *Comunión* eucarística, que forma parte del *número septenario* -un remedio (“quoddam divinum auxilium”⁵⁹) para cada necesidad fundamental de la vida cristiana- como *mesa del convite*. Pero tiene también, considerado como *ara del Sacrificio* y como *tabernáculo de la Presencia permanente* sustancial de Cristo en estado de víctima -“res significata et contenta”⁶⁰-, un efecto general: su “res significata et non contenta” es el “Corpus Mysticum” en su integridad, por ser fuente de toda gracia y de todos los dones espirituales que a ella se ordenan⁶¹. Causa “toda” la vida de la Iglesia y la unidad de la misma, no

⁵⁶ Con frecuencia empleaba esa gráfica expresión. En su carta de 14-II-1944 n.9 (cit. por A. VAZQUEZ DE PRADA, *El fundador del Opus Dei*, vol. II, Madrid 2002, 598-599) leemos: “Sin sacerdotes quedaría incompleta la labor iniciada por los socios laicos del Opus Dei, que forzosamente se han de detener cuando llegara a lo que suelo llamar el *muro sacramental*, a la administración de los sacramentos reservada a los presbíteros. Son también necesarios para colaborar con los directores laicos en la dirección de las almas, para dar una honda instrucción teológica (...), y - punto fundamental en la constitución misma de la Obra- para ocupar algunos cargos de gobierno”. (En 1982 fue erigida en Prelatura personal, una vez que la maduración eclesiológica del C. Vaticano II hizo posible dar la expresión jurídica congruente con las exigencias del carisma fundacional, que pone al frente de la Obra -de su peculiar labor apostólica, que requiere la cooperación orgánica de laicos, varones y mujeres, y sacerdotes- a un Prelado con jurisdicción personal de alcance universal).

⁵⁷ *Es Cristo que pasa*, n. 102.

⁵⁸ Los documentos del C. Vaticano II y de Juan Pablo II son citados -como ya es convencional-, por las iniciales latinas y el número (p.ej. *Lumen gentium*: LG 11. *Mulieris dignitatem*: MD 21).

⁵⁹ S. Th., III, q. 72, a. 1, ad 4

⁶⁰ Véase el significado de esta expresión a la luz de lo que se dice en nt. 56 sobre la presencia de Cristo sacramentado como “res et sacramentum” de la Eucaristía.

⁶¹ “Quidquid est effectus dominicae Passionis, totum etiam est effectus Eucharistiae” Sto. TOMÁS In Jo. 1,6. Otros

sólo consumativa, sino en todas sus dimensiones -institucionales y espirituales, visibles e invisibles- del misterio de su "realidad compleja" (cfr. LG 8).

La *comuni3n sacramental* del banquete sagrado "eucarístico" confiere, en efecto, una gracia sacramental específica, la *gracia cibativa* (como suele ser tradicionalmente llamada, después de Juan de Santo Tomás), de aumento y consumación de la vida espiritual, que conduce a la unidad consumada "in via" de la Iglesia: a la progresiva unión transformante con Cristo ("auget, reparat, sustentat, delectat" en la conocida descripción del Concilio de Florencia⁶²) que refuerza la comuni3n eclesial. (De esta gracia específica de la comuni3n eucarística sacramental puede participarse con gran provecho, por el deseo de recibir el Sacramento mediante la práctica de la comuni3n espiritual, tan recomendada por los santos y el Magisterio, como en la reciente encíclica "Ecclesia de Eucharistia").

Pero considerada en cuanto "*ara del sacrificio*" -"renovaci3n sacramental del divino sacrificio del Calvario" para aplicar sus frutos con la cooperaci3n de la Iglesia corredentora- y como "*tabernáculo de la presencia permanente*" de Cristo glorioso en estado de víctima"⁶³, es "causa de todo el bien espiritual de la Iglesia"⁶⁴: tanto del organismo sobrenatural de la gracia de las virtudes y dones, con las gracias actuales que lo activan, como de las gracias no formalmente santificadoras, pero que disponen a la justificaci3n, tales como la fe y la esperanza informes. *Todas estas gracias, formal o dispositivamente santificantes, son participaci3n o redundancia de la plenitud de gracia capital de Cristo sacramentado* -por obra del Espíritu que Él nos mereció en la Cruz y que nos identifica con Él-, constituido Cabeza de la nueva humanidad en la hora de la glorificaci3n del Hijo del hombre (Jn 12, 23) "en la que todo lo atrae hacia sí" (Jn 12, 32) en el misterio de la Iglesia, nacida, como nueva Eva, "quasi in occulto" del costado abierto del nuevo Adán, recordando el origen bíblico de la primera mujer.

Es más: también *Cristo Sacramentado en la Hostia Santa, hace participar por obra del Espíritu Santo -mediante los caracteres sacramentales-, del mismo principio activo radical de su plenitud de gracia capital*, que es la unci3n del Espíritu Santo, que obra la *Uni3n hipostática* de su Humanidad santísima con el Verbo en el Seno de María su Esposa, cuando "al encanto de sus palabras virginales", el Verbo se hace carne. En su virtud queda "*constituido en poder*" (Rm 1,4) *mediador, sacerdotal, profético y regal* -radicalmente en la Encarnaci3n, formalmente en la consumaci3n pascual-, del cual deriva como de su "fuente", el poder mediador participado de los *caracteres sacramentales*, que imprimen los sacramentos de consagraci3n permanente e indeleble⁶⁵. Ellos son otras tantas participaciones de la "*res et sacramentum*"⁶⁶ de la Eucaristía, que

muchos textos del Doctor angélico aparecen recogidos en mi obra de próxima publicaci3n: *La Iglesia y la Eucaristía*. Algunos AA. niegan esta tesis. La fuente de todas las gracias sería, según ellos, Cristo glorificado, "prout est in coelis, non prout sacramentatus" (La Eucaristía sería sólo "un medio privilegiado de santificaci3n" (Aldama).

⁶² DB, 698; Cfr. Cc. De Trento, ses. XIII, c. 2; DB, 875.

⁶³ "El uso del sacramento" no confiere todos los efectos contenidos en acto primero virtualmente en él; sino una de las gracias específicas sacramentales, del número septenario. "Eucharistia habet omnem suavitatem in quantum continet fontem omnis gratiae, quamvis non ordinetur eius usus ad omnes effectus sacramentalis gratiae" (IV Sent. d. 8, q. 1, a.3, sol. 1). Sin embargo en ese mismo texto, STO. TOMÁS dice del sacramento permanente como tal que "omnium sacramentorum effectus possunt adscribi, in quantum perfectio est omnis sacramenti, habens quasi in capitulo, summa omnia quae alia sacramenta continent singillatim".

⁶⁴ Cf. S. Th., III, 65, 3, 1.

⁶⁵ Más adelante (§5) explicamos el porqué de la diferencia esencial, no sólo de grado, entre el carácter del sacerdocio ministerial -episcopal y presbiterial y diaconal- que hace presente a Cristo Cabeza y Esposo de la Iglesia su Esposa, con el sacerdocio común que confieren los sacramentos de iniciaci3n (Bautismo y Confirmaci3n) para cooperar como miembros activos de su Cuerpo, aportando el don de la Esposa, cada uno según su vocaci3n particular, en una reciprocidad de servicios orgánicamente estructurados (cfr. LG 11).

⁶⁶ En la teología sacramentaria así se denomina el efecto inmediato del "signo externo" sacramental (*sacramentum tantum*), intermedio entre el mismo y la realidad salvífica a la que se ordena el dinamismo sacramental, que es la gracia que confieren a quien lo recibe (*res tantum*). Así se llama (*res et sacramentum*) porque está causada por aquel signo sacramental como *realidad* salvífica, que es también, a su vez, *signo permanente* -sólo perceptible por la fe del creyente- *eficaz de la gracia*, si se dan las debidas disposiciones (*sacramentum*). En la Eucaristía, es la presencia salvífica de Cristo Mediador en la Hostia Santa de la que proviene toda la gracia que vivifica la Iglesia. En los sacramentos de consagraci3n permanente e indeleble, son los caracteres sacramentales, que participan de la mediaci3n -sacerdotal profética y regal- de Cristo sacramentado, y fundan la "indole sagrada" del pueblo de Dios, como comunidad sacerdotal *organice structa*" (LG 11), que inmola sacramentalmente el Cuerpo del Señor en la Eucaristía, "que hace la Iglesia".

es la presencia de “Cristo mediador” entre Dios y los hombres en el ejercicio salvífico de su poder mediador.

En efecto, los *caracteres sacramentales* del *Bautismo*, *Confirmación* y *Orden Sacerdotal* -este último en sus tres grados, episcopado, presbiterado y diaconado- *hacen partícipes a quienes los reciben de su triple poder mediador*, para capacitarles a tener parte activa -como *mediadores en Cristo Jesús*, con “*alma sacerdotal*” -en su misión redentora que fue consumada en el sacrificio de la Cruz, y sólo es aplicada con la cooperación de la Iglesia -de sus miembros- en el de la Misa, raíz y centro de su misión corredentora. Son, pues, *gracias de mediación*.

Los carismas, comunes y extraordinarios, también proceden de la Eucaristía; porque no tienen otra función que la de *concretar*, en cada situación eclesial, el peculiar modo de participación en la misión de la Iglesia -mediadores en el Mediador único-, de culto, y de santificación activa y pasiva, propia de cada uno de sus miembros -según su vocación particular-, a la que capacita y destina *genéricamente* el carácter sacramental.

Los caracteres sacramentales no son, en efecto, sino “poderes” derivados e instrumentales de la “exousia” o potestad que el Padre entregó a Cristo, que por la unión hipostática quedó constituido en poder cultural santificador como sacerdote, profeta y rey, mediador entre Dios y los hombres, en cuya virtud nos redime con el sacrificio de su vida que culmina en el misterio de la Pascua. Pero así como siendo el carácter una potencia de orden espiritual, precisa de los “hábitos operativos” (virtudes y dones), para vencer la indeterminación de su dinamismo, orientándolo hacia su recto ejercicio, así también para que se determine en sí mismo como “poder” habilitándolo para funciones al margen de la infalibilidad del “opus operatum” propia del ministerio de los sacramentos, singularmente para propagar la Palabra salvífica, Dios concede muy convenientemente *los carismas*⁶⁷; que habilitan para desempeñar una misión específica. Son como “antenas receptoras” o “transmisores” del mensaje salvífico, que facilitan la evangelización, convirtiendo al carácter sacramental en un canal transmisor, del que puede hacerse buen o mal uso “*in eorum perniciem*”, a diferencia de los hábitos virtuosos, buenas cualidades de la mente, de los que “*nemo male utitur*”⁶⁸. *Sólo si se usan bien contribuyen indirectamente, por vía de mérito, a la santificación de su beneficiario*. Son, en efecto, gracias “*gratis datae*” ordenadas a la santificación de los demás, pero no directamente del mismo sujeto que recibe el don, como ocurre en la gracia “*gratum faciens*” de las virtudes y dones⁶⁹.

Los textos de la *Escritura* en los que se apoya esta tesis teológica son perentorios: *sin la participación eucarística en el cuerpo y en la sangre del Señor (con clara alusión a su victimación sacrificial) “no tendréis vida”, como tampoco “resurrección de vida en el último día”*⁷⁰. Por eso la unidad vital de la Iglesia -no sólo consumada, sino en todas sus dimensiones invisibles e institucionales de su “realidad compleja” (LG 8)-, de los miembros con la Cabeza y entre sí, está causada por esa participación: “*unum corpus multi sumus, omnes qui de uno pane participamus*”⁷¹.

⁶⁷ 1 Cor 12 enumera carismas *referidos a la fe* en todas y cada una de sus dimensiones: *en sí misma -subjetiva* (la fe carismática, no la virtud teológica común), *objetiva* (ciencia, sabiduría)- *o a los signos* (milagros, sanaciones, profecías) que a ella disponen, o a su *transmisión* oral, a su *discernimiento e interpretación*. También a ella, a su *propagación* -a la que se ordena toda la evangelización, como fundamento y raíz permanente que es de la justificación de la gracia salvífica (la comunión con Dios que la Caridad opera)- se ordenan los otros carismas que enumera S. Pablo en otras cartas, como los ministeriales de gobierno y de caridad y misericordia (Cfr. Rm 12, Ef 4-11).

⁶⁸ S. AGUSTÍN, *De libero arbitrio*, II, 18.

⁶⁹ “El Espíritu Santo, no sólo santifica y dirige al Pueblo de Dios mediante los sacramentos y los ministerios (“res et sacramentum”) y le adorna con virtudes (“res tantum”), “sino que también distribuye gracias especiales” (*gratis datae*=carismas) entre los fieles “sellados con el carácter” de cualquier condición, distribuyendo, a cada uno según quiere, (1 Cor, 12,11) sus dones, con los que les hace aptos y prontos para ejercer diversas obras y deberes que sean útiles para la renovación y la mayor edificación de la Iglesia” (carismas que concretan, especializándola, la universal llamada a la santidad y a la dilatación del Reino de Dios mediante la personal participación en la misión de la Iglesia: la común destinación al culto y santificación propia y ajena a que facultan, disponen y obligan los caracteres sacramentales): habilitando así a quienes los reciben “para poder desempeñar una misión específica” (L G, 12 b).

⁷⁰ Jo. 6,54.

⁷¹ 1 Cor. 10,17. Pueden verse comentados los textos principales en F. PUZO, *la unidad de la Iglesia en función de la Eucaristía*, en “Gregorianum”, 34 1953, 145-186, y E. SAURAS, *Lo general y lo específico en la gracia de la Eucaristía*, en “Teología espiritual”, 1957 p. 189 ss.

Si añadimos las sólidas razones de una ininterrumpida *tradición* patristica y litúrgica, que se transmite a la teología medieval, parece imponerse la doctrina de Santo Tomás que fue recogida en el Catecismo Romano de S. Pío V y que pasó a ser -por su mediación- durante siglos la enseñanza ordinaria de la Iglesia: todos los efectos salvíficos de los sacramentos derivan de la Eucaristía ("*Eucharistia fons, coetera sacramenta rivuli*"), porque es "fons omnium gratiarum, a quo tamquam a fonte ad alia sacramenta, quidquid boni et perfectionis habet, derivatur"⁷² y "a fortiori" los del resto de los medios de santificación que, o bien anticipan la gracia sacramental ("votum sacramenti"), o bien disponen a ella (tales como la fe y esperanza informes, o las gracias de mediación: caracteres y carismas).

H. de Lubac ha visto una *prueba de tradición muy significativa de esa mutua immanencia entre Iglesia y Eucaristía, en el cambio de terminología para designar ambas magnitudes operada en la tradición*, y acuñó una frase para designarla que ha hecho fortuna: "*La Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia*"⁷³. Se designaba, en efecto, hasta la crisis de Berengario, con la expresión "Corpus Mysticum" al Cuerpo eucarístico del Señor, que "hace" la Iglesia, comunicándola la gracia de la redención "qua Ecclesia copulatur" et "fabricatur"; y a la Iglesia el "Corpus verum" de Cristo cabeza, formado por la fuerza unitiva de la Eucaristía⁷⁴.

Fue precisamente para salvaguardar el realismo de la presencia eucarística, puesto en entredicho por Berengario, por lo que se evitó el adjetivo "místico" para designar al cuerpo del Señor presente en el Sacramento, y se cambió la terminología: "Corpus verum", comenzó a designar al Cuerpo del Señor presente en la Eucaristía "por transustanciación"; y por una metonimia o deslizamiento significativo de la causa al efecto, se llamó a la Iglesia "Cuerpo Místico" en cuanto causada por aquélla, pues "la Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia"⁷⁵.

Hay, además, sólidas *razones teológicas* de conveniencia atendiendo al nexo entre los misterios que permiten profundizar en las positivas fundadas en las fuentes de la Revelación - Escritura y Tradición bajo la guía del Magisterio-, que hemos recogido aquí en breve resumen. *Sólo así -tal es la razón fundamental de conveniencia- se asegura la intervención de la Esposa de Cristo, a la que ha querido asociar como corredentora en el orden de la Redención subjetiva, en la dispensación del tesoro Redentor.* "La Cruz lo hace todo, la Misa lo aplica todo"⁷⁶. *La primera es sacrificio de Cristo sólo, al que quiso asociar a su Madre. La segunda es sacrificio de Cristo y de su Esposa, la Iglesia, que debe aportar, como corredentora -en el orden de la redención subjetiva-, lo que falta a la Pasión de Cristo, "para que se realice la obra de la*

⁷² Catec. C. Trento II, 4, 40 y 47.

⁷³ DE LUBAC, *Méditation sur l'Eglise*, París, 1968, p. 101.

⁷⁴ *Corpus Mysticum: l'Eucharistie et l'Eglise au Moyen age*, 1946, del mismo A.

⁷⁵ La frase, acuñada por De LUBAC. (*Ibid*), ha sido asumida por la catequesis de Juan Pablo II, y por el mismo Catecismo de la Iglesia Católica de 1992 (CEC 1396). Cfr. J. FERRER ARELLANO, *La Eucaristía hace la Iglesia*" en *Scripta Theologica* XXXIII (2001), 243-258.

⁷⁶ La Resurrección no merece la gracia que reconcilia con Dios, ni satisface por el pecado (*mediación ascendente*, por causalidad moral), sino que -en cuanto es *merecida* por el amor obediente del Redentor a lo largo de todos los "acta et passa" de su vida, de un infinito valor satisfactorio y meritorio- lleva a su plenitud (en el orden de la *mediación descendente* lleva por causalidad eficiente instrumental de la gracia), el triunfo de Cristo sobre el pecado y el "príncipe de este mundo" en la Cruz gloriosa, en la "hora" de la glorificación del Hijo del hombre (Jn 12, 31), que nos reconcilia con Dios. *Complacido por el amor obediente de la Humanidad Santísima de su Hijo* hasta la muerte de Cruz, que repara la desobediencia del primer Adán, *le resucita y exalta a su derecha para hacernos partícipes de la plenitud de Cristo glorificado, Cabeza de la nueva humanidad*, llamada a resucitar con Él a una vida nueva, que culmina en el cumplimiento del anhelo de la "redención del cuerpo", que será glorificado en la escatología. (Cfr. Rm 8, 23) Por eso dice el Apóstol: "murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación" Rm 4, 25).

Hay una teología eucarística del misterio Pascual, que pone, equivocadamente, en el mismo plano el "memorial" de la Resurrección del Señor que el del Sacrificio del Calvario; sin advertir que aquélla es consecuencia de la entrega sacrificial del Redentor hasta la muerte de Cruz, que es la causa meritoria de su glorificación. Está sacramentalmente presente, pues, la Resurrección "ex consequenti"; y lo está *no en el orden de la "mediación ascendente"* meritoria de la gracia y de la propiciación por el pecado ("pro vivis et defunctis"), sino en el orden de la *mediación descendente*, como causa eficiente instrumental de la gracia de la justificación que infunde el Espíritu Santo como fruto de la Cruz. *Es su Pasión y Muerte la que nos reconcilia con Dios y -como consecuencia de la aceptación por el Padre- merece su propia resurrección, como nuevo Adán Cabeza de la nueva Humanidad; y nuestra resurrección espiritual* a una vida nueva, a lo largo de la historia de la Salvación, y en su momento -según un orden (1 Cor 15, 23), que culmina en la escatología- *la resurrección del cuerpo*, "conforme al Cuerpo glorioso de Cristo en virtud del poder que tiene de someter a sí todas las cosas" (Ef 3, 21). Cfr. J. FERRER ARELLANO, *La Resurrección de Cristo, centro del misterio del tiempo y recapitulación de la historia salvífica hasta la Parusía*" "Actas del XXII Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra" del 2001. Pamplona, 388-406.

redención”, aplicando sus frutos a través del tiempo y del espacio. *Como María, su tipo y figura perfecta, fue asociada en la redención objetiva* a todos los dolores del nuevo Adán -que ofreció heroicamente en unión de su Hijo con amor obediente, como nueva Eva- *también la Iglesia debe intervenir en la aplicación del tesoro redentor, de modo tal que Cristo nos comunique* -por su Espíritu, fruto de la Cruz- *su Vida y sus otros dones a ella ordenados* (caracteres, carismas, etc), con la cooperación de su Esposa, que lo hace presente entre nosotros, por el ministerio del sacerdote en el misterio eucarístico: es decir, precisamente *en cuanto sacramentado* ⁷⁷.

Aquí habría que distinguir entre la diversidad del influjo de *la Eucaristía en tanto que sacrificio* que es por *causalidad moral* (del orden de la mediación ascendente, que atrae de la complacencia del Padre, manifestada al resucitar a su Hijo como Cabeza de la Humanidad rescatada, primicias de la resurrección de sus miembros a una vida nueva, la gracia que nos reconcilia con Él) de la que es propia de *la Eucaristía sacramento permanente* de Cristo resucitado en estado de víctima -cuya Humanidad santísima presentando al Padre sus llagas gloriosas, radiantes de luz, como credenciales de su Pasión, clama en favor de los hombres-, que es por *causalidad eficiente instrumental* en un proceso de *mediación descendente* que nos da la vida nueva que mereció en la Cruz, fuente de agua viva que todo lo vivifica⁷⁸. Por eso *todos los medios de santificación por los Sacramentos* (“ex opere operato”) y *por la Palabra* (“ex opere operantis), *de ella derivan y a ella se ordenan como a su fin*.

Basten estos breves apuntes para resumir -actualizándola- la amplia argumentación sobre el tema de la tesis doctoral para la Laurea de Teología en la Universidad Lateranense (1958). (*La Eucaristía y la unidad de la Iglesia*), en la que desarrollaba *ideas sugeridas por las palabras del gran enamorado de la Eucaristía que es el fundador del Opus Dei*, que tanto impacto me causaron en mis años romanos de formación, en constante convivencia con él (más intensa entonces, pero que se extiende a 25 años, desde que le conocí en Roma en el año 1950).

* * *

No todos los teólogos admiten esta doctrina que acabo de exponer en breve compendio, según la cual Cristo glorificado, al realizar la aplicación del tesoro redentor, lo hace siempre contando con la activa cooperación de la Iglesia, su Esposa, único instrumento de redención universal (L G 9b), en tanto que sacramentado; es decir, en relación con el misterio eucarístico (cuya raíz es la renovación sacramental del Sacrificio de Cristo, en “la hora” de la glorificación del Hijo del hombre (Jn 12,13) para aplicar sus frutos en cooperación con su Esposa la Iglesia). Toda la gracia deriva, sí, -dicen- de Cristo glorioso, fuente de la gracia, sacramentalmente presente en la Eucaristía. Pero no la dispensa en su totalidad “en tanto que sacramentado” “prout et quatenus adest sub speciebus. Probandum esset rem ita disposuisset ut gratiam nullam concederat nisi in conexione cum praesentia sacramentali”⁷⁹.

Sin embargo, parece imponerse, del examen atento de las fuentes teológicas, que acabamos de resumir, la respuesta afirmativa, que es sostenida por Santo Tomás, brillantemente expuesta

⁷⁷ Cf. E. SPRINGER, *De SS. Eucharistia virtute atque necessitate*, en “Gregorianum” 1928.

⁷⁸ Llama a los hombres a descansar sobre su Corazón, como S. Juan, en íntima comunión y adoración silenciosa. El culto fuera de la Misa -que el Espíritu Santo tanto ha impulsado en especial desde el S. XII, y es de un valor “inestimable” para la vida de la Iglesia- tiene una clara referencia sacrificial (que subraya la reciente encíclica de Juan Pablo II “Ecclesia de Eucharistia”). Como fruto de su inmoción sacramental, permanece en las sagradas especies mientras no se corrompen en la presencia eucarística del Sagrario -que jamás debería ser arrinconado- “el corazón viviente de nuestras iglesias”, como “buscando” amorosamente (“desiderio desideravi”, Lc 22, 15), la íntima comunión con el hombre para trasformarlo en Él, en una continuada “comunión espiritual”.

⁷⁹ J. A. ALDAMA, *De Eucharistia* p. 398. La misma posición -por no distinguir entre la Eucaristía sacrificio y la Eucaristía sacramento de la presencia permanente (ambos aspectos de efecto universal), de la comunión sacramental como uno de los siete sacramentos (de efecto específico), aparece reflejada en el libro del Comité para el jubileo del año 2000, *La Eucaristía, sacramento de la vida nueva*. “No podremos sacar la conclusión de que la Eucaristía es manantial de la gracia para los demás sacramentos, o manantial de toda la vida de la gracia. Sólo Cristo es la fuente, y no lo es únicamente a través de la Eucaristía. La Eucaristía no puede ser vista como el canal a través del cual pasan todas las corrientes de la gracia. Ella, sin embargo, da la presencia de Cristo, que, a su vez, es el dueño soberano de la efusión de la gracia. Aquél que quería nutrir a la humanidad con la propia vida ha elegido la Eucaristía como medio privilegiado para ahondar en toda la profundidad de la vida humana y transformarla en vida divina”.

por Juan de Sto. Tomás y otros muchos autores; muy especialmente, por E. Sauras, que ha estudiado profunda y extensamente el tema en numerosos trabajos⁸⁰.

Tal es, a mi parecer, la vivencia espiritual y el pensamiento del fundador del Opus Dei, como tratamos de mostrar en este estudio.

3.2 A la luz de estas reflexiones se entiende, quizás con más hondura, el sentido y el alcance de *la radicalidad de las enseñanzas del fundador del Opus Dei sobre la centralidad de la Eucaristía como fuente de toda la gracia salvífica* en el plan divino de salvación del mundo.

He aquí dos textos especialmente significativos en los que se hace eco de las tesis que hemos reivindicado aquí de la más antigua tradición, que con tanto vigor expone Sto. Tomás y tantos AA. después de él (bastante olvidada en estas últimas décadas y vigorosamente propuesta en la reciente Encíclica de Juan Pablo II, "Ecclesia de Eucaristía", posterior a este estudio):

"El sacrificio (eucarístico) de Cristo, ofrecido al Padre con la cooperación del Espíritu Santo, eterniza en nosotros la Redención... *El amor de la Trinidad a los hombres hace que de la Eucaristía nazcan*, para la Iglesia y para la humanidad, *todas las gracias*"⁸¹

"Cristo vive en su Iglesia... en sus sacramentos, en su liturgia, en su predicación, en toda su actividad. De modo especial Cristo sigue presente en nosotros, en su entrega diaria de la Sagrada Eucaristía... La presencia de Jesús vivo en la Hostia Santa es la *garantía*, la raíz y la consumación de su presencia en el mundo"⁸².

Precisamente porque es *raíz de toda la vida sobrenatural* -o su fuente ("Eucharistia fons, cetera sacramenta rivuli", había escrito el Catecismo del C. de Trento)- *no existe* -tal es el sentido del texto que acabamos de citar- *otra "garantía" de la presencia salvífica de Cristo salvador en el mundo, por cualesquiera medios de santificación, que su presencia eucarística*, pues de ella derivan eficientemente -y a ella se ordenan como fin y culmen de la vida de la Iglesia-, tanto de origen sacramental como extrasacramental. *Si desapareciera la Eucaristía, desaparecería la Iglesia.*

Pero la Iglesia es indefectible; las potestades de las tinieblas jamás podrán conseguirlo. (Cfr. Mt. 16, 18). Quizá por eso el Señor ponga en relación el enfriarse de la caridad y la apostasía de los últimos tiempos "¿acaso encontrará fe sobre la tierra?", que da lugar a la tribulación suprema "cual no la ha habido ni la habrá" -cuyo tiempo será abreviado en gracia a la oración de los elegidos -con "la abominación de la desolación en el lugar sagrado" (Mt 24, 21 ss)⁸³, predicha por Daniel. Esta no es otra que "la desaparición de la Hostia y el sacrificio perpetuo": del Sacrificio eucarístico, según la exégesis patrística a Dan. 9,27⁸⁴.

Ya en la prefiguración de la antigua alianza como enseñó Ezequiel con tanta fuerza, Dios no permite que desaparezca del templo su presencia salvífica (la "schekinah"), arca de la alianza (figura de la Eucaristía), sino como castigo por la infidelidad de su pueblo, y muy especialmente por la degradación del sacerdocio, con vistas a su purificación⁸⁵. En la nueva y definitiva alianza en su sangre el Señor nos ha garantizado su presencia entre nosotros hasta el fin de los siglos por el "anuncio"⁸⁶ de su Muerte en el Sacrificio eucarístico. Por eso la amenaza de desaparición del mismo por la "abominación de la desolación en el lugar sagrado" (Mt 24, 31), le "obliga" a intervenir en el curso de la historia -especialmente en la gran apostasía del fin de los tiempos- para evitar que la abundancia del mal enfríe la vida teológica de caridad y de fe sin la que se pondría en grave peligro la "necesaria"

⁸⁰ Cfr. E. SAURAS, Comentarios a q. XIII de la S. Th. de la edición bilingüe de la BAC (que cita y resume otros escritos del A.), al que es de justicia destacar entre otros AA. como De la Taille, Filagrassi, Dieckamp, K. Rahner, De Lubac, Journet, etc... Este último autor escribe "*toda la gracia santificante del mundo depende de la gracia de la Iglesia, y toda la gracia de la Iglesia depende de la Eucaristía*" (*L'Eglise du Verbe Incarné*, París 1986, 145 ss, t. II, p. 670).

⁸¹ *Es Cristo que pasa*, n. 86.

⁸² *Es Cristo que pasa*, n.102.

⁸³ Cfr. Mt. 24 y lugares paralelos.

⁸⁴ Cfr. Dan. 8,12; 11,32.

⁸⁵ Ez 9, 3. Cfr. L. BOUYER, *La Biblia y el Evangelio*, 1977, c.V. "El problema cultural".

⁸⁶ Actualización sacramental ("anamnesis", cfr. CEC, 1362-68) de la inmolación del Calvario para aplicar sus frutos.

presencia salvífica en la Eucaristía y -con ella- la misma Iglesia: pues "la Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia" ⁸⁷.

3.3 *De ahí la absoluta necesidad del sacerdocio ministerial* en la economía salvífica de Dios. "Toda la gracia salvífica del mundo procede de la gracia de la Iglesia, y toda la gracia de la Iglesia procede de la gracia de la Eucaristía". Sin ministerio ordenado no hay Eucaristía, sin Eucaristía no hay Iglesia y sin Iglesia no hay salvación: no hay vida en el mundo; sobreviene la corrupción y la muerte.

La creación entera "estaría de más", el mundo no tendría razón de ser, pues sólo tiene sentido si cumple la finalidad para la que fue creado: darle la gloria que le fue sustraída por el pecado y admirablemente restaurada por la Cruz gloriosa, sacramentalmente presente a lo largo del tiempo y del espacio hasta el fin de la historia, como oferta de salvación, en el misterio eucarístico. "La gloria de Dios es la vida del hombre, como semilla que fructifica en la visión de Dios" por la que participa de su vida bienaventurada⁸⁸. Dios ha querido aplicar el tesoro de gracia vivificante del Espíritu que brota de la Cruz de Cristo contando siempre y en todo con la cooperación de la Iglesia, para mayor gloria de su Esposa inmaculada (que nace de su Costado abierto y de la espada de dolor de la Mujer). Es decir, no sólo en cuanto está en el cielo (sacrificio celeste), sino en cuanto "sacramentado", pues "la Iglesia hace la Eucaristía -mediante el ministerio sacerdotal- y la Eucaristía hace la Iglesia".

Todo el ministerio sacerdotal por consiguiente, está ordenado al sacrificio de la Misa - que sólo el sacerdote puede realizar- y en él se funda. Si hay una idea claramente establecida y reiterada en el último Concilio es éste. Resulta "tragicómica" la generalizada concepción sobre el ministerio y vida de los sacerdotes, en algunos ambientes, al margen del altar, propia de un "metaconcilio" que refleja una profunda crisis de fe y de identidad sacerdotal, que Mons. Alvaro el Portillo llamaba "complejo de Segismundo"⁸⁹. La eficacia del ministerio sacerdotal está en el altar, depende de él, como la de Cristo dependió de la Cruz. "Todos los ministerios eclesiásticos y obras de apostolado están íntimamente trabados en la Sagrada Eucaristía y a ella se ordenan. Así son ellos (los presbíteros) invitados y conducidos a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos, todas sus obras, en unión con El mismo. Por lo mismo la Eucaristía aparece como la fuente y la culminación de toda la predicación evangélica" (PO 5).

"La obra de nuestra Redención se cumple de continuo en el misterio del Sacrificio eucarístico, en el que los sacerdotes ejercen su principal ministerio" (PO 13). Santo Tomás ya había dicho claramente que "el sacerdote ejerce dos actos: uno principal, sobre el Cuerpo de Cristo verdadero; otro secundario, sobre el Cuerpo Místico de Cristo. El segundo acto o ministerio depende del primero, pero no al revés" (S. Th., Supl. 36,21).

En el Sacrificio de la Misa la Iglesia se realiza a sí misma aportando el don de la esposa ("opus operantis") que coopera libremente con el don salvífico de Cristo su esposo ("opus operatum"), a través del ministerio ordenado. (Tal es el misterio de la Iglesia: la cooperación del hombre con el don salvífico de Cristo -en la gracia y con la gracia- para que se realice la obra de la salvación). Todas sus otras actividades se ordenan de ella y de ella obtienen su eficacia salvífica. "La liturgia y en especial la Misa es la cumbre a la cual tiende toda la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza" (S C 10).

"Todo lo demás -repetía constantemente el fundador del Opus Dei, con fórmulas equivalentes- debe girar alrededor. Otras tareas: predicación, catequesis, etc... carecerían de base si no

⁸⁷ La frase, acuñada por De LUBAC. (*Ibid*), ha sido asumida por la catequesis de Juan Pablo II, y por el mismo Catecismo de la Iglesia Católica de 1992 (CEC 1396) "¡Clama, no ceses!", oyó en el fondo de su alma el fundador del Opus Dei en aquellos años del postconcilio. Su respuesta a esa urgencia interior fue un constante clamor de petición al Señor: "Acorta el tiempo de esta dura prueba". Aludía, a mi parecer, a los apocalipsis sinópticos (Mt 24,21 y Cfr. Mr 13, y Lc 21). "Si no se acortasen aquellos días..." (en relación a la abominación desoladora en el lugar sagrado: "la desaparición de la Hostia" y el Sacrificio eucarístico, del que vive la Iglesia, profetizada por Cristo en vísperas de su Pasión. Esa abominación es desoladora porque tiene, como consecuencia, la desolación: la corrupción y la muerte a la vida sobrenatural -que sobreviene cuando se ciega la fuente de aguas vivas que brotan de su Costado abierto en la Cruz gloriosa, salvíficamente presente a lo largo del tiempo y del espacio en virtud de la renovación sacramental eucarística del Sacrificio del Calvario, "que hace" el sacerdocio ministerial, de la que vive la Iglesia, que, como "sacramentum salutis mundi", está llamada a recapitularlo todo en el Cristo total por redundancia de la plenitud de la gracia de Cristo presente en ella.

⁸⁸ Cfr. S. IRENEO, *Adv. haereses*, IV, 20, 7.

⁸⁹ Cfr. *Escritos sobre el sacerdocio*, cit.

estuvieran dirigidas a encontrarse con Él en el tribunal amoroso de la Penitencia y en la renovación incruenta del Sacrificio del Calvario en la Santa Misa, que si es el centro y la raíz de la vida del cristiano, lo debe ser de modo especial de la vida del sacerdote"⁹⁰.

La Iglesia, en efecto, no se edifica sobre comités, juntas o asambleas. La palabra y la acción de sus miembros salvarán al mundo en la medida en que estén conectados con el sacrificio redentor de Cristo, actualizado en el misterio eucarístico, que aplica toda su fuerza salvífica. *Toda palabra* que se oye en la Iglesia, sea docente, exhortativa, autoritativa o sacramental, *sólo tiene sentido salvífico*, y edifica la Iglesia, *en la medida en que es preparación, resonancia, aplicación o interpretación de la "protopalabra"*⁹¹: *la palabra de la "anamnesis"* ("hoc est enim corpus meum...") que hace sacramentalmente presente al mismo Cristo y su acción redentora eternamente actual, al actualizar el sacrificio del Calvario para que se realice la obra de la salvación con la cooperación de la Iglesia, su esposa, que vive del Espíritu, que se derrama -como fruto de la Cruz- del costado abierto del nuevo Adán y de la espada de dolor del corazón de la nueva Eva, la Inmaculada Corredentora.

* * *

Hay una experiencia sobrenatural en la vida del fundador del Opus Dei -clara expresión de la peculiaridad de su carisma fundacional-, que ilustra muy bien cuanto venimos diciendo.

<<A mis sesenta y cinco años, he hecho un descubrimiento maravilloso, me encanta celebrar la Santa Misa, pero ayer me costó un trabajo tremendo. ¡Qué esfuerzo! *Vi* que la Misa es verdaderamente Opus Dei, trabajo, como fue un trabajo para Jesucristo su primera Misa: la Cruz. *Vi* que el oficio del sacerdote, la celebración de la Santa Misa, es un trabajo para confeccionar la Eucaristía; que se experimenta dolor, y alegría, y cansancio. Sentí en mi carne el agotamiento de un trabajo divino.

>>A Cristo también le costó esfuerzo. Su Humanidad Santísima se resistía a abrir los brazos en la Cruz, con gesto de Sacerdote eterno. A mi nunca me ha costado tanto la celebración del Santo Sacrificio como ese día, cuando *sentí* que también la Misa es Opus Dei. Me dio mucha alegría, pero me quedé hecho migas>>⁹².

En esta experiencia ha entendido y experimentado -("vi"), ("sentí")- que *la celebración de la Misa* -acción ministerial por excelencia- es trabajo divino, "*operatio Dei*", Opus Dei. Dios le concedió en aquella ocasión el don de comprender, de modo nuevo, que *la acción ministerial en la que se edifica y alimenta la Iglesia (la realización del Sacrificio)*, al ser verdaderamente *operatio Dei, opus Dei, es como el analogatum princeps* de su misión fundacional. *De su propio sacerdocio*, podemos deducir, *emerge la fuerza de su carisma fundacional; y de la naturaleza de ese carisma viene una luz sobre el porqué de su llamada a ser sacerdote de Cristo*⁹³. (En el apartado § 5 veremos el porqué de la necesidad de la presencia de sacerdotes en la estructura institucional de la Obra que el Señor le confiaba hacer nacer en el seno de la Iglesia, para cumplir una misión de alcance universal -la búsqueda de la santidad en la vida ordinaria, como lugar y medio de santificación- de laicos y sacerdotes con el mismo espíritu -en cooperación orgánica- bajo la jurisdicción personal de un Prelado).

4. (II) Unidad indisociable de la Eucaristía, María y el Papa en la constitución de la Iglesia Esposa de Cristo como Sacramento universal y arca de salvación, en su fase peregrina. Significación eucarística de la expresión: "Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam", implícita en el imperativo: "sed almas de Eucaristía".

4.1 Tratamos en este apartado -que completa el análisis teológico del *polo objetivo* de la expresión cuyo pleno sentido investigamos- de *la doble dimensión petrina y mariana de la Eucaristía* -fuente de la que brota toda la vida de la Iglesia por la mediación del sacerdocio

⁹⁰ San Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amar a la Iglesia*, Madrid 1998.

⁹¹ La expresión es de K. RAHNER, en *Escritos de teología*, IV, passim.

⁹² Cit. por S. BERNAL, *Apuntes sobre la vida del fundador del Opus Dei*, Madrid 1980, 6ª ed, 80. Otra descripción de la misma experiencia -de rango fundacional, a mi parecer-, puede verse en *Via Crucis*, el punto 4 que sigue a la XI estación.

⁹³ A. ARANDA, *Sacerdote de Jesucristo*, cit. 232. Más adelante (&5)

ministerial-, que se refleja en la Iglesia, que tiene en ella su origen y es por ella edificada, como Sacramento universal y arca de salvación. Tal es la temática que nos proponemos desarrollar ahora. Comenzamos por su dimensión petrina.

Se comprende después de lo dicho que *la institución de la Eucaristía fue entre todos los actos precedentes de su vida pública que la preparan, el acto fundacional por excelencia que da origen a la Iglesia, nacida, "quasi in occulto" en el Calvario, del costado abierto de Cristo - recordando el origen bíblico de la primera mujer-, y manifestada públicamente en Pentecostés;* porque de una manera dinámica, misteriosa y sacramental, *presencializa en el tiempo y en el espacio el sacrificio redentor de Cristo para que se realice la obra de la salvación contando con su libre cooperación de su Esposa (adquirida y purificada al precio de su Sangre)⁹⁴, hasta que vuelva a entregar su reino al Padre. "Esta es mi sangre de la alianza". "Díareje" es alianza y es testamento: el patrimonio de los bienes salvíficos de la nueva y definitiva alianza que entrega a la Iglesia se concentra en la Eucaristía⁹⁵.*

La Iglesia se constituye en nueva "Arca de la alianza" salvífica de Dios con los hombres, prefigurada en las alianzas veterotestamentarias, cuando Cristo entrega al colegio apostólico - con Pedro como cabeza- ese poder (carácter sacerdotal del ministerio apostólico, participación de la potestad -exousia- que el Padre entregó a Cristo con la unión hipostática, ungido por el Espíritu Santo desde su Encarnación en el seno virginal de María "propter nos homines et propter nostram salutem")⁹⁶ al darles la orden de renovar el rito de institución de la Eucaristía: "haced esto en memoria mía", hasta su retorno al final de los tiempos⁹⁷. Por eso la Iglesia, estructura orgánica institucional y visible que hace posible la renovación incruenta del sacrificio del Cristo que vence para siempre al pecado y a la muerte, permanecerá inalterable a pesar de las asechanzas del enemigo. "Estaré con vosotros todos los días hasta la consumación del mundo" (Mt. 28, 20), porque el Espíritu Santo garantiza ese "anunciar la muerte del Señor" del sacrificio eucarístico "hasta que venga (1Cor 11,26)". Pedro, la roca firme, asegura esa indefectibilidad al garantizar⁹⁸ la recta celebración del Santo sacrificio de la Misa, como principio de unidad, en la fe y en la comunión, de la estructura jerárquica ministerial del sacerdocio ministerial, capacitado por el carácter del orden, a renovar "in persona Christi Capitis", el divino Sacrificio del Calvario. Tal es la dimensión petrina de la Eucaristía, al servicio de la indefectibilidad de la Iglesia.

La Eclesiología ortodoxa es esencialmente eucarística. Muy justamente funda el misterio de comunión que es la Iglesia en el misterio eucarístico. Pero debería sacar de ahí todas las consecuencias que conducen a descubrir la suma congruencia del primado de jurisdicción de la sede de Pedro, que atestiguan las fuentes teológicas estudiadas en profundidad y sin prejuicios (como se viene haciendo últimamente por impulso de Juan Pablo II). Es cierto que la Iglesia está realmente presente ahí donde se celebre la Eucaristía. Pero observa el Card. Ratzinger que "del mismo modo que la fe proviene de la escucha y no de reflexiones personales, la gracia salvífica proviene del costado abierto del Señor", en su presencialización sacramental en el misterio eucarístico, y debe recibirse como don, le debe salir al encuentro. "No es un autoservicio. Llamamos sacramento a la estructura de ese recibir y encontrar", (Ratzinger), el don del Esposo que me sale al encuentro por el ministerio ordenado, capacitado -como alter ego sacramental de Cristo Cabeza, Esposo y Buen Pastor de la Iglesia- para hacerlo salvíficamente presente solicitando el don de la Esposa que coopera así en la obra de salvación. Por eso el Concilio Vaticano II puntualiza que la Iglesia está presente en todas las legítimas comunidades locales de los fieles que celebran la Eucaristía, "unidos a sus pastores", que por ello "reciben el nombre de Iglesias" (LG 26).

Una eclesiología eucarística descubre, en virtud de esa presencia sacramental del cuerpo entregado del Señor la presencia de su cuerpo místico todo entero, o Iglesia universal, que "inest et operatur" (CD 11a) en las Iglesias particulares en las que se celebra la Eucaristía por el ministerio ordenado, "in quibus et ex quibus" vive la Iglesia

⁹⁴ Cf. PABLO VI, *Credo del Pueblo de Dios*, n. 24.

⁹⁵ Cf. COLLANTES, *La Iglesia de la palabra*, II, Madrid, 1972, p. 177.

⁹⁶ Cf. Mt. 28, 18.

⁹⁷ La Eclesiología ortodoxa es eucarística y sofiánica, cfr Hans Urs Von BALTHASAR, *La gloria y la Cruz*, (Estilos II). S. Boulgakof y V. Soloviev gustan presentar a la Iglesia bajo el símbolo de la divina Sofía, tema de los libros sapienciales, contemplada con los rasgos femeninos de la Mujer de Gen 3,5 y Ap.12. La Sabiduría encarnada en Jesucristo se refleja en el complemento femenino, María, con su extensión universal que es la Iglesia, cuyo rostro refleja. La dimensión petrina de la Iglesia, como justificaremos luego, aparece en la perspectiva católica como un servicio indispensable a esta dimensión eucarística-mariana que acabarán aceptando como ya lo hizo el genial Soloviev al final de su vida.

⁹⁸ La indefectibilidad de la Eucaristía y de la Iglesia -que vive de ella- tiene un triple fundamento pneumatológico, cristológico y petriño, que corresponde a la triple promesa de Cristo (Jn 14, 16, Mt 28, 20 y Mt 16, 18)

universal, a cuya "imagen" -reflejando su multiforme diversidad de carismas- debe realizarse en cada Iglesia particular (cfr. LG 23). La eclesialidad no la hace el hombre. Sólo la recibe de ahí donde se encuentra, en la comunidad sacramental del Cuerpo de Cristo que atraviesa la historia. Sólo en la unidad existe el uno, es decir, en la comunión con los otros que también son Cuerpo del Señor. De ahí la necesidad de la comunión jerárquica con las otras comunidades (iglesias particulares) que celebran la Eucaristía, para que sea ésta legítima, pues todas deben hacerse de nuevo su Cuerpo participando en el Pan de vida (cfr. 1Cor 10,17).

Por eso la comunión jerárquica es la que hace legítima la comunidad que celebra la Eucaristía; no es un añadido exterior a la Eclesiología eucarística, sino su condición interna. No es otra la razón formal del "munus petrinum": asegurar esa unidad de fe y de comunión garantizando así la legitimidad del culto eucarístico, fuente y culmen de toda la actividad salvífica de la Iglesia (SC10). "La intercomuni3n entre cristianos divididos no es la respuesta a la llamada de Cristo para la perfecta unidad. Hemos de trabajar para remover las divisiones y restaurar así aquella plena unidad en la fe que es la condici3n para participar en la Eucaristía"⁹⁹. El primado de jurisdicci3n de Pedro asegura la unidad en la fe y en la comunión jerárquica de la Comunidad Sacerdotal orgánicamente estructurada con vistas a recibir la salvaci3n como el don de Dios; la entrega redentora del Señor actualizada sacramentalmente en el misterio eucarístico¹⁰⁰.

4.2 María es cooferente del sacrificio de Cristo y de su propia compasi3n. La Santa Misa, renovaci3n sacramental del sacrificio del Calvario a lo largo del tiempo y del espacio para aplicar sus frutos, con la cooperaci3n de la Iglesia -en el orden de la redenci3n subjetiva-, incluye, por tanto, la cooperaci3n corredentora de la nueva Eva asociada al nuevo Adán -de manera única ("prorsus singularis" LG 61) en la restauraci3n de la vida sobrenatural, en el orden de la redenci3n adquisitiva.

María no es sólo modelo y figura de la Iglesia sino mucho más (RM,44): es Madre de la Iglesia y con la Iglesia, que recibe de ella una incesante cooperaci3n maternal de intercesi3n y distribuci3n de las gracias que ha contribuido a adquirir, en las que se hace concreta y vital su mediaci3n materna. Este influjo materno alcanza a cada uno de los hombres llamados a la salvaci3n, precisamente en cuanto es Madre de la Iglesia toda, como una "mística persona" que refleja su imagen. Es Madre de los hombres, en y a través de la maternidad de la Iglesia, en la cual, "se derrama su maternidad", en virtud de su cooperaci3n en la restauraci3n de la vida sobrenatural (RM,24). Su fecundidad de esposa de Cristo brota de la fecundidad de María. Una sola fecundidad que se desarrolla a través de dos tálamos, el de María y el de la Iglesia. La maternidad de la Iglesia, pues, se lleva a cabo en continuidad y dependencia de la mediaci3n materna de María; la cual se funda, a su vez, en la única fuente de mediaci3n que es la plenitud de Cristo, único Mediador entre Dios y los hombres (cf. 1 Tim 2,5) ¹⁰¹.

La mediaci3n maternal de María, incluye, pues, la más alta participaci3n de la Mediaci3n capital de Cristo, sacerdotal, profética y regal, que es superior (no sólo de grado, sino en esencia, por ser "de orden hipostático"), a la que es propia del sacerdocio ministerial. Según el Magisterio, en efecto. María no sólo aceptó -asociándose a él- el sacrificio de la cruz consumado en un determinado momento de la historia, sino también en su extensi3n en el tiempo. Por eso es tan real su presencia -como Corredentora, Mediadora en el Mediador- en la Santa Misa como en el Calvario¹⁰². Es más, esa presencia activa de la Corredentora en el Sacrificio

⁹⁹ Alloc. 4-X-1979 a los obispos en U.S.A.

¹⁰⁰ Cf. J. RATZINGER, *Iglesia, ecumenismo y política*, cit, p.12 ss. P. RODRÍGUEZ, *Iglesia y ecumenismo*, Madrid 1980, ibid. *Iglesias particulares y prelaturas personales*, Madrid 1984. La carta "Communionis notio" de 28-V-1992 puntualiza que debemos ver en el *ministerio del Sucesor de Pedro* no como un servicio "global" que alcanza a la Iglesia particular "desde fuera", sino como *perteneciente a la esencia de cada Iglesia particular "desde dentro"*, como expresi3n necesaria de la mutua interioridad entre Iglesia universal e Iglesia particular (cf. nn.13,14 y 19). Aunque hay una prioridad temporal y ontológica de la *Iglesia universal* sobre cada concreta *Iglesia particular*, debe evitarse cualquier forma de universalismo unilateral, que desconozca la inmanencia de aquélla (*inest et operatur*) en ésta.

¹⁰¹ Cf. P. PARENTE, *María, en el misterio de Cristo y de la Iglesia*, Madrid 1987, que sostiene, con raz3n, que la materna mediaci3n de María es vivida especialmente en la Santa Misa, como fuente y culmen de la actividad salvífica de la Iglesia. J.A.de ALDAMA, "Eucaristía y Maternidad divina" en *Scripta de María* 1978, 37-58.

¹⁰² Es muy amplia la bibliografía sobre el tema, G. CROCETTI, *María e l'Eucaristia nella Chiesa*, Bolonia 2001, AA.VV, *María e l'Eucaristia*, Roma 2000, a cura di E. M. TONIOLO, que ofrece al final del volumen una amplia bibliografía, que comienza con los estudios publicados en la Actas del Congreso mariológico de 1950, *Alma Socia*

Eucarístico continúa de modo inefable en el Santísimo Sacramento, en íntima unión con Cristo sacramentado, “corazón viviente de la Iglesia”, que vive de la Eucaristía¹⁰³.

A veces no se advierte -observa el P. E. Sauras¹⁰⁴, con razón-, que la presencia permanente de Jesucristo en el sagrario tiene también una referencia sacrificial, de mediación ascendente, que mira a Dios (no sólo sacramental -descendente- de santificación de los hombres). También en el Sagrario se conserva lo que se hizo en el altar; de modo tal que puede afirmarse que, además de estar como sacramento que nos vivifica, está como Hostia ofrecida al Padre, en unión de su Cuerpo místico, rindiendo culto de adoración, agradecimiento y compensación propiciatoria. Es el "iuge sacrificium" o sacrificio permanente del Cristo total, Cabeza y miembros, como hostia pura y agradable al Padre. Ahí está Cristo "viviendo por el Padre en nuestro favor". No se inmola sacramentalmente "in actu exercito" sino en el altar. Pero puede decirse que en su presencia permanente en el Santísimo Sacramento. Cristo no está solo en estadio de víctima, sino que "se está inmolando", "in actu signato". *Cristo Nuestro Señor continúa pidiendo, en el Sagrario y con un incesante clamor -en unión con la Inmaculada Corredentora- de compensación propiciatoria, que se apliquen sus satisfacciones y méritos infinitos pasados a tales o cuales almas. "Interpellat pro nobis primo representando humanitatem suam quam pro nobis assumpsit". Pero no sólo lo hace así presentando sus llagas como credenciales de los méritos pasados. También lo hace "exprimiendo desiderium quae de salute nostra habet". De este deseo participan los bienaventurados, según el grado de su caridad.* (S. Th. III, 83,1)¹⁰⁵.

* * *

Este es el fundamento teológico de la experiencia de fe de almas marianizadas -cada vez más frecuente, a juzgar por autorizados testimonios-, que perciben *junto a la presencia del Señor en la hostia*¹⁰⁶ consagrada una presencia inefable de María, real también, aunque no, obviamente, por transubstanciación, sino por inseparabilidad¹⁰⁷ en la oblación sacrificial de los Corazones unidos del Corredentor y la Corredentora, “*Cor unum et anima una*”. *E incluso -en el fundador del Opus Dei- de S. José -en tanto que pertenece también al orden hipostático*¹⁰⁸.

Christi, y de diversas sociedades mariológicas sobre este tema y un concluye con amplio elenco de publicaciones sobre él, en orden alfabético de autores (pp. 310-330).

¹⁰³ Cfr. CH. JOURNET, *Entretiens sur Marie*, Parole et Silence, Langres-Saint-Geosmes, 2001, que afirma : <<L' Eucharistie, Marie, le Pape, "c'est tout un", c'est à dire cela forme une unité indissociable>> (« Les Trois Blancs »).

¹⁰⁴ Cfr. E. SAURAS, *Teología y espiritualidad del sacrificio de la Misa*, Madrid 1985.

¹⁰⁵ Cfr. H. DE LUBAC, *Catolicismo. Los aspectos sociales del dogma*, Madrid 1988, 81 ss. Sobre este tema trato ampliamente en mi libro, *La doble dimensión petrina y mariana de la Iglesia*, de próxima publicación, completada y actualizada. La oración siempre viva en Cristo glorioso, -participada por sus miembros bienaventurados, expectantes activamente de la consumación del Reino de Dios (cfr. Apoc. 6, 10, que nos habla de su clamor debajo del altar, para acelerar su advenimiento)- es el “alma” del santo sacrificio de la Misa y continúa activamente eficaz en un incesante clamor en el tabernáculo, “hasta que vuelva” (1 Cor 11, 26). Entonces, cuando se haya dicho la última Misa, continuará la oración de Cristo glorioso y sus miembros glorificados, en la Jerusalén celestial, en permanente alabanza a la Trinidad. Sólo cesará la oración de petición, porque ya Dios será todo en todos, después de haber puesto sus enemigos debajo de sus pies. (1 Cor 15, 17-18).

Es el sacrificio celeste en la Jerusalén Celestial, que se une al sacrificio propiciatorio de la Iglesia militante, sólo a través del cual se realiza la obra de la redención. En el estado de término de los bienaventurados ya no se puede satisfacer ni merecer. Es necesaria la aportación meritoria y satisfactoria de los “viadores” de “lo que falta a la Pasión de Cristo”. El sacrificio celeste -al que se asocia la liturgia de la tierra, de la cual forma parte esencial-, tiene, por ello, los valores laterúctico, eucarístico e impetratorio; pero no el propiciatorio -que no pocos parecen ignorar, quizá por contagio luterano- que hace operativo la Iglesia militante, cuando hace sacramentalmente presente el valor satisfactorio y meritorio de la Redención de Cristo, que culmina en el Sacrificio del Calvario, aportando su propia cooperación -corredentora- necesaria para la aplicación, a lo largo del tiempo y el espacio, del tesoro redentor, en la instauración progresiva del reino de Dios a lo largo de la historia de la salvación hasta su consumación en la Parusía, cuando “Dios sea todo en todos” (1 Cor 15, 28).

¹⁰⁶ Cfr. Card. JOURNET, *Entretiens sur Marie*, cit. C. III.(Valga -como ejemplo entre muchos- Mgr. O. MICHELINI, “Confidencias de Jesús” -3 volúmenes-, traducido a numerosas lenguas).

¹⁰⁷ “Ex supernaturali concomitantiae” -diría Sto Tomás con respecto a la presencia “per modum substantiae” del Cuerpo y la Sangre de Cristo Sacerdote (que renueva de modo sacramental incruento la entrega de su vida en el holocausto del Calvario por el derramamiento de su preciosísima Sangre), que acontece “vi verborum transubstantationis””. Véanse textos en A. PIOLANTI, *El Misterio Eucarístico*, Madrid 1958, t.I, 327-334

¹⁰⁸ No como María de modo intrínseco -relativo, por su cooperación maternal en la constitución del ser teándrico del Dios-hombre, único Mediador entre Dios y los hombres-, y (“operari sequitur esse”) en su obra salvífica, como Mediadora en el Mediador; sino de modo extrínseco-relativo, que no puede menos de tener repercusiones en el orden operativo salvífico, con alguna asociación a María -su Esposa- en la línea corredentiva. S. José (“la sombra de Dios Padre”, o “su Icono transparente”, se le ha llamado) es, en efecto, de modo no accidental, sino constitutivo de su

Por eso *José forma con Jesús y María una unidad indisociable que solía llamar* -siguiendo una antigua tradición- *“Trinidad de la tierra”, imagen perfecta de la “Trinidad del Cielo”* y camino de acceso a Ella. (Este fue un tema recurrente en su predicación al menos -según creo recordar- desde 1972).

4.3 *Se trata siempre de la Voluntad divina -negada por LUTERO y la reforma protestante¹⁰⁹- de no salvar a los hombres sino asociándolos, a título de instrumentos libres, a la obra de la salvación, propia y ajena -como se valió de la Humanidad Santísima del Salvador para redimir a los hombres, con la cooperación de María, la Inmaculada Corredentora, para que todos cooperaran con Él, según la conocida formulación de la Encíclica de Pío XII "Mystici Corporis" (AAS,1943,217)- a comunicarse mutuamente los frutos de la Redención. "No por necesidad, sino a mayor gloria de su Esposa inmaculada". Tal es la ley de la alianza nupcial de Dios con los hombres, preparada y proféticamente prefigurada en la antigua alianza con Israel, y realizada en la nueva y definitiva alianza en Jesucristo, en las tres fases o momentos que distingue la tradición de los Padres: esponsales en la Encarnación, bodas en el Calvario, y consumación de la bodas en el misterio eucarístico, fuente de toda vida sobrenatural del Cuerpo místico (cfr. 1 Cor 10,7; SC 9), como prenda y anticipación sacramental del las bodas del Cordero con la Esposa que desciende del Cielo, la nueva Jerusalén escatológica del Reino consumado (Cfr.Ap 21,2).*

La iniciativa es del Esposo. Pero *la función de la Esposa no es meramente pasiva. Debe aportar "el don de la Esposa"*, que propiamente no añade nada a la obra salvífica del "Unus Mediator", pues de ella participa y muestra su necesidad. Suscita, con su sacrificio Redentor, una participación en su plenitud de Mediación y de Vida en la Esposa que adquiere en el trono triunfal de la Cruz, a la que capacita, enriqueciéndola con dones jerárquicos y carismáticos (LG 4), para tener parte en la obra de la Redención. *De ahí la asociación de María como nueva Eva en la Obra de la Salvación, y de manera derivada, de la Iglesia, que participa en su misterio, reflejando su imagen trascendente de mediación materna y de santidad inmaculada*, como precisaremos más adelante. *Para una mente imbuída de noética nominalista (LUTERO afirmaba de "ego sum factionis occanianaie") es imposible acceder -por falta de flexibilidad mental- en esa errada perspectiva, a la noción de participación, que es el verdadero fundamento de la "analogía entis" (calificada por K. Barth de "larva diabólica del Anticristo")¹¹⁰.*

El influjo de ejemplaridad dinámica de la mediación materna de la Inmaculada Corredentora –Mediadora maternal en el Mediador Capital-, a mi parecer, es el fundamento inmediato de la misteriosa subsistencia de la Iglesia Esposa de Cristo Cabeza, como Persona mística -en sentido no meramente metafórico, sino propio y formal, como uno de los analogados de esta noción metafísica, que ha entrevisto e insuficientemente explicado J. Maritain¹¹¹- que

identidad, en el ser y en el obrar, custodio del "arca de la alianza" (María su Esposa, Madre del Redentor); a modo de "Querubín" de flameante espada (cfr. Gn 3, 24), que guarda el "huerto sellado" de la fecunda Virginitad de María, que contiene el "árbol de la vida", el Mesías Salvador. Puede consultarse sobre el tema la conocida Teología de S. José del P. B. LLAMERA de la BAC, o la más reciente de F. CANALS VIDAL sobre S. José. Tesis de doctorado en la Facultad de Teología de S. Cugat del Vallés.

¹⁰⁹ Lutero negó -contradiendo a S. Agustín, su padre y fundador ("el que te creó sin ti no te salvará sin ti")- esta cooperación, con su doctrina de la justificación ("sola Gratia, sola Fides, sola Scriptura"), está en la raíz de su negación de la Eucaristía como sacramento de la presencia permanente por transubstanciación, y de su carácter de sacrificio propiciatorio para aplicar los frutos de la oblación única del sacrificio expiatorio del Calvario con la cooperación de la Iglesia, su Esposa (de la Misa papista de la que tanto abominaba). Cfr. J. FERRER ARELLANO, *Lutero y la reforma protestante*, Madrid, Palabra, 1996.

¹¹⁰ Los tres "und" (et) que -al decir de K.BARTH- separan de la dogmática católica a un reformado (al "sola gratia" - gracia "y" cooperación humana (Sacrificio de la Cruz y sacrificio de la Misa que aplica sus frutos con nuestra cooperación)-; al "sola fides" -fe "y" obras-; al "sola Scriptura" -Escritura "y" la cooperación eclesial, mediante la Tradición y el Magisterio-) no son sino tres dimensiones de un mismo misterio de participación de la plenitud de mediación y de vida de Cristo, el único Mediador. (Sobre este tema trato ampliamente en *Marian Corredemption in the light of Christian Philosophy*, in "Mary at the foot of de Cross II"; New Bedford MA, 2001, 113-149).

¹¹¹ Cfr. mi estudio sobre "La Persona mística de la Iglesia, Esposa del nuevo Adán", en *Scripta Theologica* 27 (1995), 789-858, donde muestro cómo es uno de los analogados de la noción de persona (que expongo más ampliamente en *Metafísica de la relación y de la alteridad*, cit), cuyo "analogatum princeps" son las relaciones subsistentes de origen que constituyen las Tres divinas Personas.- Esta metafísica de persona difiere de la tesis de J. MARITAIN (*L'Eglise: sa personne et son personnel*. Trad. esp. Desclée 1974), sobre la personalidad en "sentido propio" de la Iglesia (que no ha tenido, extrañamente, el eco que hubiere merecido, quizás por una escasa atención a la Teología especulativa bastante común en la Teología contemporánea).

coopera como nueva Eva, con el nuevo Adán, en la recapitulación de todo el universo en Cristo. El seno materno de la Inmaculada es el molde (más que modelo extrínseco) en el que se forma el Cristo total, Cabeza y miembros¹¹².

La Iglesia Esposa de Cristo subsiste como Persona, en su estadio histórico y peregrino, sólo en la comunidad de aquellos hombres unidos a su cuerpo institucional por el triple vínculo simbólico-doctrinal, litúrgico-sacramental y de régimen jerárquico, fundado en el ministerio petrino; pues la personalidad -lo más perfecto de la naturaleza- supone una naturaleza íntegra, que incluye, con el alma, el cuerpo con todos sus elementos esenciales, capaz de subsistir como un todo¹¹³.

Pero de ningún modo insinúa -como sostiene el falso ecumenismo (y acusa cierto integrista no menos falso)- que la unidad o subsistencia de la persona de la Iglesia esté repartida entre las diversas comunidades cristianas. La intención de este texto y de otros paralelos no es otra que subrayar que la Esposa de Cristo sólo subsiste -en sentido propio- como "mística Persona" en la Iglesia católica fundada en la firme roca de Pedro, en la integridad de sus elementos constitutivos, según la voluntad -"ius divinum"- de su divino Fundador. Pero subsiste en ella a título de sacramento universal y arca de salvación, que atrae a su seno materno a todos los hombres de buena voluntad, en virtud de "los elementos de Iglesia", que se encuentran más allá de sus límites institucionales, ya sean "medios de salvación" -Palabra y Sacramentos presentes en tantas confesiones cristianas ("elementos de Iglesia" en sentido propio), y participan por ello, de su plena eclesialidad (más o menos según los casos), pues de ella derivan y a ella conducen- ya, en cualquier caso, la salvación misma: la gracia como "fructus salutis", que alcanza a todos los hombres de buena voluntad, aunque no hayan sido evangelizados¹¹⁴.

En efecto, "en la fe de María, ya en la Anunciación y definitivamente junto a la Cruz, se ha vuelto a abrir por parte del hombre aquél espacio interior... de nueva y eterna alianza... que subsiste en la Iglesia, que <<es en Cristo como un sacramento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano>> (LG,1). En ese espacio interior -abierto por la fe de María¹¹⁵- podemos recibir toda clase de bendiciones espirituales"(RM,28). Ese ámbito o espacio interior es el seno de la Iglesia, Esposa virginal y fecunda de Cristo, abierto por la fe de María, Madre del Cristo total, Cabeza y miembros. La institución visible, -sociedad exterior orgánicamente estructurada- es "sacramento universal de salvación", que "tiende a recapitular, como arca de salvación -bajo Cristo como Cabeza- la humanidad entera, en la unidad del Espíritu" (cf. LG,13b) en el Corazón de la Mujer, hasta que se complete el número de los elegidos. (Tal es, a mi juicio, el horizonte teológico de la experiencia espiritual de la Inmaculada implícitamente presente en los inspirados escritos de S. Maximiliano María Kolbe).

¹¹²El Pseudoagustín llama a María "forma Dei", molde viviente del Unigénito de Dios, primogénito entre muchos hermanos, donde se "formó" la Cabeza del resto de la descendencia espiritual de la Mujer. San Luis María GRIGNON DE MONFORT completa esa idea luminosa atribuida durante siglos al santo Doctor -en perfecta congruencia, por lo demás, con su eclesiología- en su conocida obra *El secreto de María* (Obras BAC. p.288) escribiendo: "cualquiera que se mete en este molde y se deja manejar, recibe allí todos los rasgos de Jesucristo". Alude en lenguaje popular y muy sugerente al misterio de la mediación materna de María.

¹¹³ A esa subsistencia de la Persona mística de la Iglesia como Esposa de Cristo, alude el texto de LG (8b) en el que afirma que ésta "subsistit in" *Ecclesia Catholica*... licet extra eius compaginem *elementa plura sanctificationis et veritatis* inveniantur, quae ut dona Ecclesiae Christi propria, *ad unitatem catholicam impellunt*" (LG,8b). Es cosa sabida que el paso del "est" de la primera redacción al "subsistit in" se hizo para reconocer mejor los "elementa Ecclesiae" que se encuentran fuera del recinto visible de aquélla.

¹¹⁴ La declaración *Dominus Iesus* de la CDF (16—VI—2000) rechaza que los elementos de verdad y de vida de las religiones sean independientes de la única mediación de Cristo y su Iglesia. Los "semina Verbi" proceden del Espíritu de Cristo en su consumación pascual y ejercen un papel de preparación evangélica, por más que otros elementos de ellas constituyan más bien obstáculos. La declaración invita a profundizar en la mediación participada, que no excluye los elementos positivos de estas religiones. El Concilio Vaticano II, en efecto, afirmó que: "La única mediación del Redentor no excluye, sino suscita en sus criaturas una múltiple cooperación que participa de la fuente única. Se debe profundizar en el sentido de esta mediación participada, siempre bajo la norma el principio de la única mediación de Cristo: Aun cuando no se escluyan mediaciones parciales, de cualquier tipo y orden, éstas, sin embargo cobran significado y valor <<únicamente>> por la mediación de Cristo, y no pueden ser entendidas como paralelas y complementarias. No obstante serán contrarias a la fe cristiana y católica aquellas propuestas de solución que contemplen una acción salvífica de Dios fuera de la única mediación de Cristo". (n. 14. Cfr. nn. 21 y 22).

Cfr. F. CONESA, *Sobre la religión verdadera*, *Scripta Theologica* XXX (1998), 39—85. J. MORALES, *Teología de las religiones*, Madrid 2000. J. FERRER ARELLANO, *Filosofía de la religión, Cristianismo y religiones*, Madrid 2001 (Palabra) C.VII.

¹¹⁵ Sobre la fe de María como fundamento de su maternidad respecto al Cristo total -participada de la Paternidad subsistente originaria divina- cfr. J. FERRER ARELLANO, *Dios Padre, origen de la vida trinitaria, como fuente ejemplar y meta de la maternidad de María y de la Iglesia*, en "Ephemerides Mariologicae" 49 (1999) 53 a 125.

La Esposa de Cristo subsiste como Persona, en sentido propio, en la Iglesia –que vive de la Eucaristía- fundada sobre la firme roca de Pedro, en virtud de la materna mediación de María - instrumento (en íntima unión con el “Unus Mediator”) de la donación del Espíritu Santo-, como sacramento y arca de salvación -la “Catholica”- que atrae a su seno materno a todos los hombres de buena voluntad, formándose así la estirpe espiritual de la Mujer -profetizada en el Protoevangelio y tipificada en el trasfondo bíblico de la Hija de Sion- que no es otra que “el Pueblo mesiánico que tiene por cabeza a Cristo y la común dignidad de hijos de Dios en los cuales habita el Espíritu Santo como en un templo” (cf. LG,9b).

A la luz de las precedentes reflexiones -con las que concluimos el análisis de las implicaciones teológicas del polo objetivo de la expresión cuyo plena significación buscamos-, aparece diáfana la significación eucarística de la jaculatoria -tan repetida, con luz fundacional, desde los orígenes del Opus Dei- “omnes cum Petro ad Iesum per Mariam”, implícita en el imperativo “sed almas de Eucaristía”, que -como veremos en la recapitulación final- resume muy bien cuanto aquí venimos exponiendo, en la búsqueda de su sentido pleno, que es el objetivo de esta reflexión teológica.

5. Análisis de su polo subjetivo: “el alma cristiana”, no aisladamente considerada, sino constituyendo un pueblo: la comunidad sacerdotal del pueblo de Dios, orgánicamente estructurada, como instrumento universal de redención. La doble dimensión petrina y mariana de la Iglesia, presente en toda su actividad salvífica. Necesidad del ministerio sacerdotal, radicado y centrado en el misterio eucarístico, para el ejercicio, con alma sacerdotal, del sacerdocio real del entero pueblo de Dios. (“El muro sacramental”).

5.1 Concluído el análisis del *polo objetivo* de la expresión cuya significación plenaria buscamos –la centralidad de la Eucaristía, fuente de todas las gracias que dan origen y edifican a la Iglesia, y su necesaria relación a María y al ministerio Petrino- dedicamos este último apartado al análisis de su *polo subjetivo*: el “*alma cristiana*”; *no aisladamente considerada, sino en cuanto constituye con las demás un pueblo sacerdotal, estructurado por los caracteres sacramentales y los carismas* (cfr. § 3, 1) *mediante los cuales Cristo Sacerdote, presente en la Eucaristía, quiere hacerle partícipe de la obra de la redención, valiéndose de él como instrumento universal de salvación.* (Esta perspectiva eclesial es fundamental para la recta inteligencia del sentido genuino de la expresión que estudiamos).

En este contexto tratamos de la bipolaridad estructural *sacerdocio común, sacerdocio ministerial*; y de la razón formal de su esencial diversidad y mutua exigencia de complementariedad, necesaria para que la Iglesia -la Esposa que Cristo Redentor adquirió en la Cruz con el don de su Vida, al precio de su Sangre-, pueda aportar su propio don -don de la Esposa-, cooperando con el don salvífico de su Esposo, sacramentalmente presente en el Sacrificio eucarístico, para que se realice la obra de la salvación del mundo”. (Tal es el fundamento de la doble dimensión petrina -jerárquica ministerial- y mariana -materna- de la Iglesia, presente en toda su actividad salvífica).

De ahí *la necesidad del ministro ordenado*, que ha recibido -con la ordenación sacerdotal, bajo Pedro- el poder de consagrar el *Cuerpo real -eucarístico- de Cristo*, sacramentalmente inmolado en el santo sacrificio de la Misa -que es su principal ministerio y el fundamento del que derivan todos los demás- integrados en el “*ministerium Verbi et sacramentorum*” -que ejerce el sacerdote sobre su *Cuerpo místico*. La ordenación sacerdotal *configura* al llamado a tan excelsa dignidad, *con Cristo Sacerdote, Esposo y Cabeza* de la Iglesia, *capacitándole para renovar, in persona Christi Capitis, el Sacrificio de la Cruz*, “*in quo salus mundi pependit*”; haciendo así posible el ejercicio -con alma sacerdotal- del sacerdocio real del entero Pueblo de Dios, en cooperación orgánica de laicos y sacerdotes.

Son, pues, “almas de Eucaristía” aquellos fieles -cualquiera que sea su vocación particular, y su consiguiente posición eclesial en la estructura orgánica de la comunidad sacerdotal que es el Pueblo de Dios-, que responden a la llamada de contribuir a la dilatación del Reino de Dios, ofreciendo su entera existencia -con alma sacerdotal- como mediadores en Cristo Jesús, unidos al divino Sacrificio del Calvario -que recapitula y consume su entera vida redentora- sacramentalmente presente en la Eucaristía, que hace la Iglesia.

Veámoslo más detenidamente en tres pasos sucesivos.

5.2 La Eucaristía hace o edifica la Iglesia. Pero la hace no solo en cuanto es fuente de toda la gracia vivificante que salva a cuantos no la rechazan, sino en cuanto que *Cristo sacramentado, único Mediador y Redentor del hombre, quiere hacer partícipe a la Iglesia su Esposa*, por los caracteres sacramentales y los carismas, *de su plenitud de Mediación sacerdotal, profética y regal*, para que todos y cada uno sus miembros tengan parte -como corredentores- en la obra de la salvación del mundo, constituyéndola así en “comunidad sacerdotal orgánicamente estructurada” (LG 11); y -a ese título, en virtud de la Eucaristía- *en instrumento universal de redención*.

Tal es -como ya hemos subrayado antes- la razón formal del misterio de la Iglesia: la voluntad de Dios de salvar a los hombres no aisladamente, sino constituyendo un pueblo (LG 9), cuyos miembros están llamados a cooperar con Él (tal es la *ley de la alianza, categoría clave de la Escritura*), comunicándose mutuamente los frutos de la redención, no por necesidad, sino por mayor gloria de su Esposa inmaculada¹¹⁶.

La noción tan repetida en los textos eclesiológicos del Concilio Vaticano II de "la Iglesia como un sacramento", es tradicional en la patrística, por su analogía con el Verbo encarnado: pues "así como la naturaleza humana asumida sirve al Verbo encarnado como de instrumento vivo de salvación unido indisolublemente a Él, de modo semejante la articulación social de la Iglesia sirve al Espíritu Santo, que la vivifica para el acrecentamiento de su cuerpo (cf. Eph.4,16)" (LG 8). *Cristo instituyó al pueblo de Dios para ser "comunidad" de vida, de caridad y de verdad, y se sirve de él (de su institución histórica visible) como instrumento de redención universal"* (LG 9b)¹¹⁷.

La Iglesia es, pues, *"instrumento de redención universal"*; "como un sacramento, o sea, signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del todo el género humano" (LG,1) que actúa en los sacramentos, como "raíz y culminación de toda la actividad salvífica de la Iglesia" (SC,10), *con una maternidad derivada de la materna mediación de María*, que atrae a su seno materno -como *arca de salvación*¹¹⁸- a todos los hombres de buena voluntad.

"La maternidad de la Iglesia" está unida esencialmente a su naturaleza sacramental... Si la Iglesia es "signo e instrumento de la unión íntima con Dios", lo es por su maternidad, porque, vivificada por el Espíritu, "engendra" hijos e hijas de la familia humana a una vida nueva en Cristo. Porque al igual que María está al servicio del misterio de la encarnación, así la Iglesia permanece al servicio del misterio de la adopción como hijos por medio de la gracia (RM,43b).

Es célebre el pasaje de Isaac de Stella, al que remite el Concilio (LG 64). "Lo que se dice de la Iglesia virgen-Madre en sentido universal, se ha de aplicar a María en sentido singular y especial... Además, toda alma creyente puede ser considerada, bajo un determinado aspecto, como esposa del Verbo de Dios, madre de Cristo, hija y hermana suya, virgen y al mismo tiempo fecunda" (PL 194,1863 A-B).

No parece afortunada, por ello, la opinión de M. J. Scheeben cuando afirma que "la maternidad de la Iglesia corresponde a aquellas personas que llevan en sí la fecundidad y el poder pastoral, y mediante las cuales son engendrados, cuidados y guiados los hijos de la Iglesia. Los llamamos Padres con vistas a su sexo, cosa exigida por Cristo para ejercer las funciones más elevadas de la Iglesia. Más si se considera su posición en la Iglesia ostentan manifiestamente el carácter de la maternidad".¹¹⁹ Pero la maternidad de la Iglesia corresponde a todos y cada uno de los miembros de la Iglesia Esposa de Cristo. No se limita exclusivamente a los miembros de la jerarquía. *Es todo el conjunto de la Iglesia institución -todos los -christifideles" del Pueblo de*

¹¹⁶ Cfr. Pio XII, *Mystici Corporis* (AAS, 1943, 2, 7).

¹¹⁷ *La Iglesia "institución" es "sacramento" -"medium salutis"-*, porque es la prolongación de la Encarnación, principio de los sacramentos: que son tales, a título de acciones fundamentales de la autorrealización de la Iglesia por la gracia salvífica como "fructus salutis": la progresiva instauración del Reino de Dios hasta su "consumación" escatológica. La palabra "docente" y "autoritativa", como toda la actividad de la Iglesia, a ellos se ordena y de ellos -y su raíz fontal que es el Santo Sacrificio de la Misa- deriva su eficacia salvífica (cf SC,10) (cf.RM 44 cd).

¹¹⁸ Cfr. el VII capítulo "Cristianismo y religiones" de mi *Filosofía de la religión*, donde propongo esa explicación de la unicidad salvífica de la Iglesia, en la declaración *Dominus Iesus* del 16-VI-2000.

¹¹⁹ M. J. SCHEEBEN, *Los misterios del cristianismo*, p.586. La Crítica de A. STOLZ aparece en *Der Katosische Gedanke*, 193 5, 123.

Dios, comunidad sacerdotal originariamente estructurada por dones jerárquicos y carismáticos (LG 11), incluidos los ministros sagrados- *el que es sacramental y tiene un papel maternal que desempeñar.*

Sin embargo, *el conjunto del Pueblo de Dios sólo puede ejercer esa fecundidad materna a través del ministerio jerárquico y gracias a él. "La función del sacerdote será con respecto a la maternidad de la Iglesia entera, fecundar su seno materno"* (A. Stolz): *en cuanto fiel está -como cualquier otro- situado al lado de la Iglesia-esposa; pero en cuanto sacerdote es "sacramento viviente de Cristo" esposo y cabeza de la Iglesia que asegura -actuando en su nombre y con su autoridad, por el ministerio de la palabra y los sacramentos- el encuentro salvífico con los hombres en el seno fecundo de la Iglesia esposa.*

El sujeto del sacerdocio ministerial, como "alter ego sacramental" de Cristo buen Pastor Esposo y Cabeza, debe ser por ello varón. La razón formal de su ministerio es asegurar (*opus operatum*) la presencia de Cristo Esposo y Cabeza en el sacramento universal de salvación que es la Iglesia-Esposa para fecundar su seno, la cual está llamada a cooperar (*opus operantis*) con el Esposo ejerciendo -con alma sacerdotal- el sacerdocio universal de todos los "christífidos", en el ejercicio de sus respectivos -y complementarios, en unidad orgánica- dones jerárquicos y carismáticos. *También el sacerdote, en cuanto fiel, está del lado de la Esposa, y debe cooperar con su vida entregada, en unión con el Esposo, al que hace presente como su "alter ego" sacramental, "imitando lo que hace". Aporta así "lo que falta a la Pasión de Cristo" (Col 1,14), y participa, con el don de la Esposa, de su "fecundidad materna". Por ese "don" será juzgado, pues él -y sólo él- da la medida de su santidad personal o comunión con Dios.¹²⁰ Ejerce así -con "alma sacerdotil"- su propio sacerdocio real -que en cuanto fiel, tiene en común con todos los miembros del pueblo de Dios- mediante el ofrecimiento de su propia existencia como hostia espiritual, que su propio ministerio -y el de sus hermanos en el sacerdocio- une -haciéndolo grato a Dios y partícipe de su eficacia salvífica- al sacrificio del Calvario que ellos renuevan sacramentalmente como "Alter ego" de Cristo Cabeza y Esposo de la Iglesia. Este es el sentido de la afirmación del fundador del Opus Dei: "no creo en la eficacia ministerial del sacerdote que no sea alma de oración"¹²¹.*

Con todo, por estar configurado con Cristo Cabeza y Esposo, y "llamado a imitar lo que hace", su espiritualidad debe tener una modalidad "esponsal" y paterna, en cuanto desposado -en Cristo Cabeza- con la Iglesia su Esposa, cuyo seno está llamado a hacer fecundo con su ministerio, que aporta el don de la Esposa. De ahí la suma conveniencia de un "celibato" que no hace de él precisamente un solitario.¹²² S.Pablo "sentía" el amor celoso de Jesucristo" (Fil 1,8). Cristo, que vivía en él -precisamente como Esposo y Cabeza de la Iglesia, al que estaba

¹²⁰ "El sacerdote, en cuanto actúa in persona Christi capitis, está del lado del Esposo Cabeza de la Iglesia y al frente de la Iglesia" (JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 15); es decir, en su capitalidad, de la cual participa. De ahí que especialmente en la Eucaristía, se exprese de modo sacramental el acto redentor de Cristo Esposo en relación con la Iglesia Esposa... lo cuál se hace transparente y unívoco en el hecho que se realice en el ministerio realizado por el varón. Esta es una explicación que confirma la enseñanza de la declaración *Inter insigniores*, publicada por disposición de Pablo VI" (Cf. MD 26). Sólo así el sujeto que lo ejerce, es signo adecuado de Cristo, que se encarnó en la realidad corpórea de una naturaleza humana masculina -varonil- para ser el Esposo que dé su vida por la Esposa y que permanece siempre fiel a su alianza". La carta apostólica de Juan Pablo II *Ordinatio sacerdotalis*, de 1994 concluía que: "La Iglesia no tiene, en modo alguno, la facultad de conferir la ordenación sacerdotal a las mujeres, y que este dictamen debe ser considerado como definitivo por todos los miembros de la Iglesia"

Nada tiene que ver esta exclusión de la mujer con la dignidad o valor humano, que para Dios se cifra en la santidad personal. Según la audaz metáfora agustiniana, *los diversos ministerios -jerárquicos o carismáticos- son como vendas para sanar, o como andamiajes provisionales necesarios para la edificación* -hechos con materiales "de derribo" de la humanidad caída- del templo del Espíritu Santo, la nueva Jerusalén escatológica, tabernáculo de Dios entre los hombres, donde no habrá otro orden y jerarquía que la del "ordo charitatis", cuyo paradigma trascendente y principio causal efectivo es María, "Mater pulchrae dilectionis". Cfr. S. AGUSTÍN, *Sermo*, 362, 7 (8L 17, 1904; *In Osal*-146-8).

¹²¹ *Conversaciones* n.2.

¹²² La motivación principal del celibato sacerdotal, según la *Pastores dabo vobis* (n.29) es la configuración del sacerdote con Jesucristo, Cabeza y Esposo que se desposa con la Iglesia como única Esposa (Ef 23-32). Como imagen viva suya, el sacerdote está llamado a revivir ese amor sponsal que testifique el de Cristo por su Esposa, con una caridad pastoral que le hace capaz de amar a la gente con un corazón nuevo, grande y puro, con auténtico despego de sí, con plena dedicación, continua y fiel, y al mismo tiempo con una forma especial de celo (Cf. 2 Cor 11,2), con una ternura que se reviste además con los acentos del amor materno, capaz de hacerse cargo de los "dolores de parto" para que Cristo sea formado en los fieles (Cf. Gal 4,19)". (Cf. Card. Alfons STICKLER, *El celibato eclesiástico, su historia y sus fundamentos teológicos*, en *Scripta Theologica*, vol XXVI, Fasc.1, 1994 pp 13-77).

configurado por su ministerio apostólico- le hacía experimentar ese "amor celoso" con celo de Dios, "porque os he desposado a un sólo esposo, para presentaros a Cristo como a casta virgen" (2 Cor 11,2).

5.3 Una consecuencia de la bipolaridad <<sacerdocio-común sacerdocio-ministerial>> -en su esencial diferenciación y mutua exigencia de complementariedad-, es la *impronta en toda la actividad cotidiana de las "almas de Eucaristía"*-, de la *doble dimensión petrina y mariana de la Iglesia* (que tiene su origen -como veíamos- en el dinamismo salvífico de la Eucaristía, que la constituye y vivifica con la necesaria mediación de María y del ministerio petrina).

En efecto, la *estructura "jerárquica" ("orgánica" (cfr. LG 11), si incluimos los carismas y ministerios que la individualizan en las multiformes vocaciones particulares, en unidad estructural de servicios recíprocos, para común utilidad) de la comunidad sacerdotal que es la Iglesia -institución, fundada en el "munus petrinum" (su dimensión petrina), está totalmente ordenada a la santidad* (la *comunión* con Dios y de los hombres entre sí, LG 1) por la que *la Iglesia Esposa, tipificada por María, ejemplar trascendente de santidad, responde al don del Esposo, en el Espíritu, con su propio don-* haciéndose un sólo Cuerpo con El (su *dimensión mariana*). Todo don jerárquico y carismático (LG 4) pertenece a la "figura de éste mundo que pasa" (LG 48 c) y está ordenado a servir de *medio* ("medium salutis") de santidad, por la que el Cuerpo de Cristo crece en su *comunión* ("fructus salutis") con Dios hasta la unión consumada con el Esposo en la Jerusalén escatológica.

Por eso, *la dimensión mariana de la Iglesia antecede a la petrina (CEC,773), aunque esté estrechamente unida a ella y le sea contemporánea; de modo tal que su doble impronta estará presente, en toda su actividad.* Y ello no sólo porque María, "la Inmaculada", Mediadora maternal en el Mediador, precede en el camino de la fe -de la fiel respuesta al don de Dios- a cualquier otro miembro de la Iglesia, incluyendo a Pedro y los Apóstoles (que siendo pecadores, forman parte de la Iglesia "sancta ex peccatoribus") -es decir, por una razón de ejemplaridad que "mueve a la imitación"-; sino también porque el "*triple munus*" del ministerio jerárquico no tiene otro cometido que "*formar a la Iglesia en ese ideal de santidad en que ya está formado y configurado en María*". Ella no pretende los poderes apostólicos, pero *es Reina de los Apóstoles porque los poderes jerárquicos derivan de su materna mediación*¹²³. No es sólo Madre de la gracia de la Filiación divina (de las virtudes y dones) como "*fructus salutis*", sino también de todas las gracias de mediación. *El sacerdocio ministerial y el ministerio petrina ("media salutis") derivan de su mediación maternal. Es Madre de la Iglesia entera en, y a través de la cual -como sacramento y arca universal de salvación- ejerce su Maternidad sobre cada uno de los hombres en singular*¹²⁴.

He aquí por qué la imagen bíblica más expresiva de la Iglesia, que de alguna manera compendia todas las otras, es la de la Mujer Esposa virginal y Madre, que refleja en su "rostro" la imagen de María, su arquetipo trascendente. Por serlo, constituye en un sólo Cuerpo con su Cabeza, formado por *la estirpe espiritual de la Mujer* (Gen 3,15)¹²⁵: el Pueblo de Dios, que vive, como templo del Espíritu, de la plenitud de gracia y de verdad de su Hijo primogénito, de la cuál nos hace partícipes en el misterio de su materna mediación. Tal es el "*rostro mariano*" de la Iglesia, que refleja su más íntima esencia, a cuyo servicio ha provisto su divino Fundador la *dimensión jerárquica-petrina*, que "pertenece a la figura de este mundo que pasa" (LG 48 c).

La Iglesia es, pues, en su esencia, el misterio de la Esposa. Los poderes apostólicos sitúan, ciertamente, a algunos de sus miembros, "del lado del Esposo". (Es lo que el fundador del Opus Dei designaba gráficamente con la expresión "*muro sacramental*"¹²⁶). *Pero su función, aunque necesaria en la fase peregrina e histórica de la Iglesia, es provisional* (Cfr. LG 48 c). *Está al servicio del buen ejercicio -con alma sacerdotal- de su misión de Esposa -que debe aportar, con su sacerdocio real, común a todos los miembros del Pueblo de Dios, incluidos los ministros ordenados, no en tanto que tales, sino en tanto que fieles, su propio don: el don de la Esposa-haciéndolo posible.* De su conjunción brota la gracia salvífica en la que se hace efectiva la obra de

¹²³ Cf. H. Urs. Von BALTHASAR, *New Klasterlungen*, p.181 de la trad. it. (cit. por Juan Pablo II -tema recurrente en su Magisterio- en la "Mulieris dignitatem". nt.55). El nuevo CEC (n.773) se hace eco del tema resumiendo MD 27, cuya doctrina se recoge en el texto.

¹²⁴ De este tema trato más ampliamente en "La persona mística de la Iglesia", en *Scripta Theologica*, 27 (1993) 830 ss.

¹²⁵ J. FERRER ARELLANO, *Eclesiología latente en el Protoevangelio. La imagen de la Mujer como síntesis del misterio de la Iglesia. Su valor ecuménico*, Actas XV. Simp. Teol. Univ. de Navarra, 1995, 537-565.

¹²⁶ Cfr. Nota 56.

la redención del mundo hasta que se complete el número de los elegidos al fin de la historia salvífica.

*La Esposa de Cristo es, en efecto -como decíamos en el epígrafe anterior-, una "mística persona"¹²⁷ - en sentido analógico, pero propio-, constituida por el influjo de la mediación materna de María -cuya imagen de fecunda maternidad virginal refleja-, que, siempre en libre respuesta y cooperación subordinada a la iniciativa de su Esposo, da culto a Dios, propone infaliblemente verdades reveladas por su Esposo, santifica por los sacramentos, habla, enseña... en virtud de los poderes de El recibidos de mediación sacerdotal, profética y regal, que la configuran como sociedad sacerdotal orgánicamente estructurada por *dones jerárquicos* y *carismáticos* (*gracias de mediación*), que capacitan a sus miembros para cooperar con el Esposo en la *trasmisión de vida sobrenatural* (gracias de santificación) -con una cooperación orgánica-, en orden a la génesis y formación del nuevo Pueblo de Dios, contribuyendo así a la dilatación del Reino de Dios, cada uno según su propia vocación particular¹²⁸.*

Juan Pablo II hace referencia a este doble aspecto de la participación en la Capitalidad de Cristo, de mediación y de vida de gracia, en este texto de "Mulieris dignitatem" (n.27): <<La unión orgánica de la Iglesia como Pueblo de Dios con Cristo expresa el "gran misterio" de la Carta a los Efesios: la Esposa unida a su Esposo. Unida, porque vive su vida; unida porque participa de su triple misión -"tria munera Christi" (es decir, de su Mediación)-. En el ámbito del "gran misterio" de la Iglesia, todos están llamados a responder -como una esposa- con el don de sí, al don inefable del amor de Cristo Redentor, único Esposo de la Iglesia. Así se expresa el sacerdocio real, que es universal, que concierne, obviamente, también a los que reciben el sacerdocio ministerial>>.

5.4 *El sacerdocio de Jesucristo, ejercitado a lo largo de toda su vida* ofrecida en libre amor obediente de su Humanidad santísima a la Voluntad salvífica del Padre que le había enviado (cfr. Hb 10, 5-10) -que es el "alma" de la Redención a la que asoció a su Madre Inmaculada- y *plenificado o consumado* (Hb 5, 9) *en el Sacrificio del Calvario* -en "la hora de la glorificación del Hijo del hombre" (Jn 12, 31)¹²⁹-, *se prolonga hasta el fin de los tiempos a través de la Iglesia*, que es esencialmente -en su fase peregrina- *pueblo sacerdotal, consagrado a imagen de Cristo Sacerdote, Profeta y Rey*, Mediador de la nueva y eterna alianza, *para continuar con Él su misión redentora -con una mediación sacerdotal participada de corredención-*, *en una complementaria conjunción de dones jerárquicos y carismáticos, orgánicamente estructurada* -bajo Pedro-, *al servicio de su misión salvífica* como instrumento

¹²⁷ En mi estudio "La persona mística de la Iglesia" (*Scripta Theologica* 27 (1995) 789-858), expongo las razones por las que la Iglesia, en cuanto Esposa de Cristo (no considerada como el Cristo total, Cabeza y miembros) es uno de los analogados de la noción de "persona", en sentido propio y formal -como afirma con razón J. Maritain, si bien lo explica de modo diverso, en función de su metafísica de la persona, de la que disiento (cfr. mi *Metafísica de la relación y de la alteridad. (Persona y relación)*. Pamplona 1998), cuyo fundamento inmediato es la mediación maternal de María participada de la mediación de Cristo y a ella subordinada, con la que forma un único instrumento "unidual" de donación del Espíritu Santo, del que es Icono transparente.

¹²⁸ Cfr. J. MARITAIN, *L'Église, sa Personne et son personnel*, París 1970, H. MÜHLEN, *Una Mystica Persona*, Salamanca, 2ª ed, 1993. Sobre ambos autores, cfr. mi exposición crítica en "Las dos manos del Padre", en *Annales Theologici*, 1999, 3-70.

¹²⁹ El Prof. A. Aranda ve la distinción entre sacerdocio común y el ministerial en que el primero participa del sacerdocio de Cristo en los misterios de su vida, y el ministerial en su consumación en el misterio de la Pascua. Efectivamente, si toda la vida del Señor es "causa salutis aeternae" (Hb, 5, 9), Dios ha querido que sólo en el supremo holocausto de Cristo ("la hora de la glorificación del Hijo del Hombre" (Jn 17, 31) se produjera la reconciliación con Dios y el rescate de la Humanidad pecadora. Son, pues, redentivos -infinitamente satisfactorios y meritorios- todos los "acta et passa Christi". Pero lo son en cuanto orientados al misterio Pascual y en él recapitulados. En esta perspectiva me parece justa la distinción de A. Aranda (que él explica de modo que creo insuficiente). De ahí la necesidad del ministerio sacerdotal que actualiza el Sacrificio eucarístico pascual -sólo él está capacitado para ello (el muro sacramental) y -en consecuencia- hace presente como "alter ego" sacramental, a Cristo Cabeza en un "ministerium Verbi et sacramentorum", para hacer posible el culto y oblación espiritual -con alma sacerdotal- del entero pueblo de Dios (la totalidad de los fieles, que incluye a los portadores del ministerio en cuanto fieles). Cfr. A. ARANDA, *Sacerdocio de Jesucristo, en los ministros y en los fieles*, Actas del XI Simp. Teol. 1989, Univ. Navarra, 207-247.

La teoría de Von BALTHASAR (*El ministerio Pascual*, en "Mysterium salutis", III, 2, 143-168) que distingue ambos sacerdocios según el *doble aspecto formal* del sacerdocio de Cristo *subjetivo* (entrega filial al Padre) participado por el sacerdocio común; y *objetivo* (presencialización sacramental de la Pascua) por el sacerdocio ministerial apunta en la misma dirección, pero con una fundamentación más débil, a mi parecer.

de salvación para la vida del mundo. *Tal es la esencia y razón de ser de la Iglesia peregrina hasta su consumación escatológica.*

El ministerio ordenado tiene la función de asegurar de modo infalible ("opus operatum") -recordémoslo- la presencia de Cristo, Cabeza y Esposo de la Iglesia, "para hacer que el entero pueblo sacerdotal de Dios pueda ofrecer su culto y oblación espiritual" como don de la Esposa¹³⁰. En la potestad y eficacia salvífica del sacerdocio ministerial, que está intrínseca y esencialmente ordenado al sacrificio eucarístico -y en él se funda- descansa y se alimenta la vida de la Iglesia. Está al servicio del sacerdocio real del entero pueblo de Dios, haciendo posible el cumplimiento de su misión corredentora como instrumento universal de salvación.

A través de los ministros consagrados, que participan sacramentalmente en la autoridad y en la acción de Cristo Esposo Cabeza de la Iglesia -como "su alter-ego sacramental"-, viene a todos sus miembros -si cooperan con el don del Esposo que les capacita a aportar su propio don (el don de la Iglesia-Esposa)- la vida sobrenatural y la eficacia apostólica. El ministerio consagrado es, pues, absolutamente necesario para el ejercicio -con "alma sacerdotal"- de la misión corredentora de todos y cada uno de los christifideles, miembros de la Iglesia Esposa de Cristo, que deben aportar el don de la Esposa, cooperando con el don del Esposo -que culmina en el Sacrificio del Calvario sacramentalmente presente por mediación del sacerdocio ministerial- para que se realice la obra de la salvación, incluidos los portadores del ministerio, en tanto que fieles.

Toda insistencia en este punto es poca. Si se olvida puede dar origen -como antes advertíamos- a actitudes perniciosas de un *aberrante clericalismo* -cuando no se tiene suficientemente en cuenta que el ministerio sacerdotal es un servicio-, o a un *secularismo laicista* no menos rechazable -que nada tiene que ver con la genuina "mentalidad laical" (cfr. § 1, 3)-, que se daría en quien desconoce la absoluta necesidad del ministerio de sus hermanos sacerdotes, para su vida cristiana, en su ser y en su obrar.

* * *

Por eso, *allí donde el misterio de la Iglesia se hace históricamente presente con sus elementos constitutivos esenciales y con toda su eficacia redentora, es también necesaria, en la presente economía salvífica, la presencia fundante del ministerio ordenado -bajo Pedro- que celebra la Eucaristía "que hace la Iglesia". En el origen, el Opus Dei, le fue inspirado a S. Josemaría E. como una institución con esas mismas características de plena eclesialidad: una inseparable unidad de sacerdotes y seglares universal e interdiocesana en cooperación orgánica, entregados en medio del mundo, y en el ejercicio de la propia profesión u oficio - todos con alma sacerdotal y mentalidad laical- a la empresa de seguir fielmente a Cristo y a continuar su misión para la vida del mundo realizando una peculiar labor apostólica: santificarla desde dentro, a través de las actividades de la vida ordinaria. He aquí la razón por la cual era preciso que el elegido para fundarlo fuera sacerdote. Se ordenó, de hecho, inspirado por Dios, para estar disponible; para que se hiciera realidad un designio divino que entonces sólo barruntaba, en espera de la hora de Dios, que llegó el 2 de octubre de 1928, cuando "vio" el Opus Dei tal y como es y será -en su estructura esencial- hasta el fin de los siglos.*

Era, pues, preciso, para la realización de aquel querer de Dios, que la Providencia llamara a un sacerdote: un hombre capaz de obrar in persona Christi Capitis, que se supiese llamado al ejercicio del ministerio; y llamado, también, a llevar sobre sí, con sus dones ministeriales y carismáticos, la tarea fundacional del Opus Dei. ¿Para qué me hice sacerdote?, se preguntaba San Josemaría E. Por exigencia -no hay otra respuesta- de la naturaleza teológica de la misión fundacional que Dios le encomendaba. En el seno de la institución que debía dar a luz latía el misterio mismo de la Iglesia (como una porción -"partecica", decía- de la Iglesia). Así lo ha entendido la suprema autoridad de la Iglesia al erigirla como Prelatura personal¹³¹.

¹³⁰ Mons.A.del PORTILLO, *Escritos sobre el sacerdocio*, Madrid, 1970,115. De ahí la ineludible necesidad del ministerio ordenado (su "prioridad funcional" en terminología de Pedro RODRÍGUEZ, que está al servicio de la "prioridad sustancial" del sacerdocio común, en cuya actuación se obtiene la comunión salvífica con Dios: la santidad a la que todos están llamados. (Cfr. *El Opus Dei en la Iglesia*, en colaboración con F. OCÁRIZ y J. L. ILLANES, 5ª ed. Madrid 1997).

¹³¹ A. ARANDA, *Sacerdote de Jesucristo*, cit, 248.

RECAPITULACIÓN.

"*Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam*"¹³². Esta jaculatoria -de clara significación eucarística, según hemos hecho notar (cfr. § 4, in fine)-, que repetía el fundador del Opus Dei desde sus comienzos -por inspiración de Dios-, como expresiva de sus fines, *resume* muy bien cuanto aquí hemos expuesto, al explicitar el *significado de ser alma de Eucaristía*, que era el objetivo de esta reflexión teológica.

"*Almas de Eucaristía* son aquellos *christifideles*, miembros de la comunidad sacerdotal del Pueblo de Dios -*laicos o sacerdotes, en orgánica cooperación*- que ponen en *Jesús-Hostia* el centro de sus pensamientos y esperanzas; e -identificados progresivamente con Cristo- no tienen otra aspiración que atraer a todos hacia Él, contribuyendo a la dilatación del Reino de Dios en la comunión salvífica de la Iglesia fundada en la roca firme de *Pedro*, por la materna mediación de *María*, Madre del Cristo total, Cabeza y miembros".

En esta apretada síntesis podemos encontrar de modo latente *las tesis teológicas que aquí hemos expuesto con la intención de esclarecer el sentido plenario de esta expresión exhortativa e imperativa, que implica y funda* -desde su polo objetivo (la Eucaristía, de la que vive la Iglesia)- *el alcance y el sentido de las otras expresiones frecuentes en su predicación, también referidas a "alma"* como sujeto (tales como "alma contemplativa" o "alma de apóstol").

Todas ellas hacen referencia (en sapiencial armonía que manifiesta -en uno de sus muchos aspectos- *el don de lenguas* que había recibido al servicio de su carisma profético y fundacional, de cuya naturaleza teológica hemos ensayado tratar aquí en una primera aproximación) *a diversas dimensiones esenciales del "alma sacerdotal"* (que recapitula a todas las otras) que el *cristiano* (polo subjetivo del sintagma que estudiamos), *debe hacer suyas*, en tanto que está *llamado por Jesús-Hostia* a participar -como corredentor- de las ansias impacientes de su Corazón eucarístico que "todo lo atrae hacia sí" (Jn 12, 31) derramando el Espíritu como fruto de la Cruz, con la necesaria mediación de María y en unión con el sucesor de Pedro (su polo objetivo), para que se realice la obra de la salvación.

He aquí un resumen de las principales tesis teológicas a cuya luz descubrimos progresivamente este sentido plenario que buscábamos en esta expresión -"almas de Eucaristía"- que hemos ido explicitando en este estudio a partir de las connotaciones doctrinales y ascéticas que se hacen patentes en el armonioso contexto de la predicación de S. Josemaría.

1. Hay sólidas razones teológicas además de las positivas fundadas en las fuentes de la Revelación -Escritura y Tradición bajo la guía del Magisterio-, para concluir, que Cristo Redentor según el designio salvífico de Dios, *ha querido asociar a la Iglesia, su Esposa, como corredentora, en la dispensación del tesoro Redentor, mediante la celebración del Sacrificio eucarístico en el que radica el mismo origen y existencia de la Iglesia y toda su actividad salvífica, que se ordena a la Eucaristía como a su centro y culminación. "La Cruz lo hace todo, la Misa lo aplica todo"*¹³³. *La primera es sacrificio de Cristo solo*, al que quiso asociar a su Madre, la Inmaculada Corredentora. *La segunda es sacrificio de Cristo y de su Esposa, la Iglesia*, que debe aportar, como corredentora -en el orden de la redención subjetiva-, lo que falta a la Pasión de Cristo (Gal 1, 14), "para que se realice la obra de la redención", aplicando sus

¹³² Jaculatoria frecuentemente repetida por el fundador del Opus Dei en su predicación y en las obras publicadas desde su experiencia fundacional del 2-X-1928. En ella, que asociaba a otras dos ("Deo omnis gloria" y "Regnare Christum volumus"), expresaba los fines de la "Obra de Dios" que Él le inspiraba fundar.

¹³³ La *Resurrección* no merece la gracia que reconcilia con Dios, ni satisface por el pecado (*mediación ascendente*), sino que lleva -en cuanto es *merecida* por el amor obediente del Redentor a lo largo de todos los "acta et passa" de su vida, de un infinito valor satisfactorio y meritorio- a su plenitud (en el orden de la *mediación descendente*), el triunfo de Cristo sobre el pecado y el "príncipe de este mundo" en la Cruz gloriosa, en la "hora" de la glorificación del Hijo del hombre (Jn 12, 31), que nos reconcilia con Dios. Por eso dice el Apóstol: "murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación" Rm 4, 25).

frutos a través del tiempo y del espacio. *Como María, su tipo y figura perfecta, fue asociada en la redención objetiva* a todos los dolores del nuevo Adán -que ofreció heroicamente en unión de su Hijo con amor obediente, como nueva Eva- *también la Iglesia debe intervenir en la aplicación del tesoro redentor* -en el orden de la redención subjetiva-, *de modo tal que Cristo nos comuniqué* -por su Espíritu, fruto de la Cruz- *su Vida y sus otros dones a ella ordenados* (caracteres, carismas, etc), con la cooperación de su Esposa, que lo hace presente sacramentalmente entre nosotros, por el ministerio del sacerdote en el misterio eucarístico: es decir, precisamente *en cuanto sacramentado*.

La vivencia espiritual y el pensamiento de S. Josemaría se sitúa -en mi opinión- en la línea de esa exégesis tradicional de la Escritura que pasa de la patrística a la teología medieval, testimoniada por Sto. Tomás de Aquino -recordada en el Catecismo de C. de Trento, común en la doctrina teológica (si bien bastante abandonada en las últimas décadas)-. De ella se hace eco de manera reiterada el magisterio de Juan Pablo II (desde la primera encíclica “Redemptor hominis” -*programática*- hasta la más reciente de las 14 encíclicas publicadas “Ecclesia de Eucaristía” aparecida después de haber concluido este estudio). Se puede expresar así: *toda la gracia salvífica del mundo depende de la gracia de la Iglesia, y toda la gracia de la Iglesia -sacramental y extrasacramental- depende de la gracia de la Eucaristía* (considerada no como uno de los siete sacramentos -*mesa del convite*-, -*pues entonces es sólo consumación de la vida sobrenatural y de la unidad de la Iglesia que la caridad opera*-, sino como *ara del Sacrificio y tabernáculo de la presencia permanente en el sagrario, corazón viviente de la Iglesia*).

De la presencia de Jesús vivo en la Hostia santa -digámoslo con las mismas palabras antes citadas del fundador del Opus Dei- “*nacen todas las gracias*”; y es, por eso, “*la garantía, la raíz y la consumación de su presencia salvífica en el mundo*”, en el misterio de la Iglesia, instrumento universal de redención.

2. De ahí la *absoluta necesidad del sacerdocio ministerial, ejercido en comunión jerárquica -bajo Pedro-, que asegura la rectitud y la legitimidad de su ejercicio* en la economía salvífica de Dios. *Sin ministerio ordenado no hay Eucaristía, sin Eucaristía* -“*garantía*” y raíz de toda la gracia salvífica- *no hay Iglesia* -que de ella vive- y *sin Iglesia no hay salvación: no hay vida en el mundo; sobreviene la corrupción y la muerte*. La creación entera “*estaría de más*”. Si Ella faltara, el mundo no tendría razón de ser, pues sólo tiene sentido si cumple *la finalidad para la que fue creado: darle la gloria que le fue sustraída por el pecado y más admirablemente restaurada por la Cruz gloriosa*, sacramentalmente presente en el misterio eucarístico, como oferta de salvación que puede ser aceptada o rechazada libremente, de infinito valor latreutico, eucarístico, *propiciatorio* e *impetratorio*. Ahora bien, “*la gloria de Dios es la vida del hombre*”, como semilla que fructifica “*en la visión de Dios*”¹³⁴ por la que participa de su vida bienaventurada (S. Ireneo).

Dios ha querido aplicar el tesoro de gracia del Espíritu vivificante que brota de la Cruz de Cristo *contando siempre y en todo con la cooperación de la Iglesia que celebra la Eucaristía por el ministerio de los sacerdotes, para mayor gloria de su Esposa inmaculada* (que nace de su Costado abierto y de la espada de dolor de la Mujer). Como buen Esposo, no hace nada sin contar con su Esposa¹³⁵, que adquirió al precio de su Sangre. Por eso, quiere hacerla partícipe de su triunfo en la Cruz gloriosa (cfr. Jn 12, 23) sobre la potestad de las tinieblas (Col 1, 13), del príncipe de este mundo, al que “*echa fuera*” en el progresivo establecimiento de su Reino hasta su plenitud escatológica (cfr. Jn 12,30). Es decir, *no sólo en cuanto está en el cielo, sino -siempre y sólo- en cuanto “sacramentado”, por la acción litúrgica de la Iglesia que celebra la Eucaristía; pues “la Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia”*.

3. *La dimensión petrina de la Iglesia “orgánicamente estructurada”* (LG 11) -en su fase peregrina- por dones jerárquicos y carismáticos (LG 4), *bajo la autoridad de Pedro y sus sucesores- tiene como razón formal hacer posible -desde el muro sacramental”, en gráfica expresión de San Josemaría*¹³⁶- la presencialización sacramental del *don del Esposo y Cabeza de la Iglesia* -la integridad de la gracia del Espíritu Santo que brota del Costado abierto de Cristo en oferta de salvación-, *que capacita a la Esposa a aportar su propio don, libre y personal -con “alma sacerdotal”-, asegurando la unidad de la fe y comunión del entero pueblo de Dios, mediante el ministerio de la palabra y los sacramentos*. Este tiene como raíz de su eficacia salvífica -y

¹³⁴ S. IRENEO, *Adversus haereses*, IV, 20, 7. Cfr. AG, 2)

¹³⁵ Cfr. Isaac de STELLA, *Sermo XI*, PL 194, 1728.

¹³⁶ Cfr. Nt. 56.

culmen de toda actividad eclesial (cf. SC9)- *la participación en el Cuerpo eucarístico de Cristo, que se inmola sacramentalmente en el misterio eucarístico, con la que se forma su Cuerpo místico* (Cf.1 Cor 10,7).

Como afirma Juan Pablo II (MD 23): "En la Iglesia *cada ser humano (el entero Pueblo de Dios)-hombre y mujer (simple fiel o ministro -añado yo)- es la Esposa*, en cuanto recibe el amor de Cristo Redentor como un don y también en cuanto intenta corresponder con el don de la propia persona". *El don de Esposo* equivale al *opus operatum* del ministerio sacerdotal -fundado en la roca firme de Pedro- que aseguran la Misa y los sacramentos - y la infabilidad del Magisterio en determinadas condiciones- *como oferta de salvación (de verdad y de vida)*. Pero ese don exige como condición de fecundidad salvífica *la tarea de correspondencia de la Esposa con el suyo propio*, aportando "lo que falta a la Pasión redentora de su Esposo". (Cfr. Col 1,14). Tal es el *don de la Esposa*, que la teología sacramentaria ha expresado con el tecnicismo "*opus operantis*", que el Cc. de Trento expresa em términos negativos ("non ponentibus obicem") en relación con los sacramentos; *cuyo paradigma supremo y causa trascendente es la cooperación de María en el misterio de la Alianza salvífica en la restauración de la vida sobrenatural, desde el "fiat" de Nazaret al del Calvario.*

4. Se une así el *don del Esposo* ("*opus operatum*") con la necesaria cooperación del *don de la Esposa* ("*opus operantis*") para que "se realice la obra de la redención". La ofrenda de la entera existencia del cristiano -del "*alma de Eucaristía*"- *se une como hostia agradable a Dios a la inmólación sacramental de Cristo, que se ofrece por el ministerio del sacerdote ordenado - "alter ego" sacramental de Cristo Cabeza y Esposo de la Iglesia- en el Santo Sacrificio de la Misa, cooperando eficazmente a la dilatación del Reino de Dios para formar el Cristo total, en la génesis y formación de la estirpe espiritual -que vive por influjo de la materna mediación universal de María- de la Mujer del alfa y del omega, del Génesis (3,15) y del Apocalipsis (12 y 13) ,hasta que se complete el número de los elegidos (la dimensión mariana de la Iglesia).*

Por eso la tradición ha visto en el misterio eucarístico la prenda -anticipo sacramental- de las bodas escatológicas del Cordero con la Esposa, que es la nueva Jerusalén -nuestra Madre (Gal.4,26)- que desciende del cielo como Esposa engalanada para su Esposo (Ap 21,2): "tabernáculo de Dios entre los hombres" (Ap 21,3) en el pleno cumplimiento escatológico de la nueva y eterna alianza en el Reino consumado.

5. *La actuación del sacerdocio bautismal de los fieles laicos, no se limita al papel del "ser" Cuerpo Místico de Cristo -Iglesia edificada- en el momento -ciertamente "centrum ac radix" de la vida cristiana- en el que el sacerdocio ministerial actúa "in persona Christi Capitis" en la celebración del misterio eucarístico, concurriendo -como miembro vivo de la Iglesia- a la ofrenda de la víctima inmólada con el ofrecimiento de su propia vida. Tiene su pleno protagonismo en su irradiación salvífica en medio del mundo -en cuya trama está la existencia secular como entretregida-: donde la Eucaristía derrama la gracia del Espíritu que todo lo renueva, para que sea instrumento de Cristo -íntimamente unido a su sacrificio redentor- en la tarea de santificar las situaciones de su vida ordinaria -de su estar en el mundo-, el trabajo, el amor matrimonial, los valores humanos y sociales que encarna en cuanto hombre; la amistad humana, medio preciso (humano y divino) de apostolado... Contribuye así a la dilatación del reino de Dios -a la edificación de la Iglesia- poniendo a Cristo -con "alma sacerdotal"- en la entraña del mundo, para que reine en él como Cabeza que todo lo recapitula, santificándolo desde dentro.*

*"Hemos de servir no sólo en el altar, sino en el mundo entero, que es altar para nosotros. Todas vuestras obras humanas se hacen como en un altar; y cada uno de vosotros, en esa unión de alma contemplativa que es vuestra jornada, dice de algún modo su Misa que dura las 24 horas del día, en espera de la siguiente, que durará otras 24 horas, y así hasta el fin de vuestra vida"*¹³⁷.

¹³⁷ Meditación, *San José, nuestro Padre y Señor*, 19-III-1968. Cuando el cristiano recibe la unción del sacerdocio real en los sacramentos consecratorios (incluida la unción de enfermos y el matrimonio- "*el lecho conyugal es un altar*", repetía), todo su ser se convierte en materia apta para ser ofrecida en sacrificio grato a Dios: "ahora querría que sacáramos las consecuencias que yo procuro sacar personalmente siempre que consagro un altar", decía el 24 de mayo de 1975 en el Santuario de Nuestra Señora de Torreciudad: "Nosotros también somos altares dedicados a Dios. *El Señor tiene que venir a aposentarse* -lo ha dicho Jesús, no yo: *regnum meum intra vos est*, mi Reino está dentro de vosotros- a habitar dentro de nuestra alma: *en nuestro trabajo, en nuestros afectos, en nuestras alegrías, en nuestras penas*, que no

“Para vosotros -escribió su sucesor Mons. Álvaro del Portillo glosando estas palabras del fundador- *ese altar es el lugar de vuestro trabajo, el hogar de familia, el amor matrimonial, los lugares donde convivimos codo a codo con las demás personas. Toda nuestra actividad debe quedar orientada por la Misa*”¹³⁸. De ella procede toda la gracia del Espíritu Santo que renueva la faz de la tierra -por la Mediación maternal de María, la Inmaculada-, *instaurando progresivamente el reino de Dios, a través de la actividad de los cristianos, “almas de Eucaristía”*. Todos están llamados a serlo -aunque tan pocos lo sean de verdad-, siendo mediadores en Cristo Jesús íntimamente unidos a Él en el Santo Sacrificio de la Misa. *Configurados a Cristo Crucificado por obra de su Espíritu -como ostensorios vivientes-, alzan de nuevo la Cruz gloriosa, que todo lo atrae hacia sí (cfr. Jn 12, 32), en la cumbre -en la entraña- de todas las actividades humanas.*

* * *

“*Ubi cumque fuerit corpus, illuc congrababuntur et aquilae*”. Estas palabras evangélicas del llamado “Apocalipsis sinóptico” (Mt 24, 28), oídas en locución -y entendidas en sentido nuevo¹³⁹- por el fundador del Opus Dei (que tantas veces le oí comentar), pueden resumir muy bien, en su sentido pleno -digamos para terminar-, cuanto aquí hemos explicitado sobre la *significación del sintagma “almas de Eucaristía”*:

Ahí donde el cuerpo de la sociedad se corrompe como un cadáver en descomposición, ahí acuden los hijos de Dios (“las águilas”)- que ponen en el “Cuerpo eucarístico” del Señor presente en el Pan de vida “el centro de sus pensamientos y esperanzas”¹⁴⁰- para vivificarlo. Son las “almas de Eucaristía” - por ella transformadas en Cristo (con la necesaria mediación de María y, derivadamente, del ministerio petrino)-, que -siendo “Cristo que pasa”, como ostensorios vivientes (“viriles”)-, responden a la llamada de dilatar el Reino de Dios, poniendo a Cristo en la entraña de la sociedad: a transformar -en orgánica cooperación de laicos y sacerdotes- el “cuerpo social” moribundo, en su “Cuerpo Místico”, pletórico de vida (“unum Corpus multi sumus omnes -la Iglesia- qui de uno pane -la Eucaristía Pan de vida- participamus”. Cfr 1 Cor 10, 7). Contribuyen así a la progresiva formación del Cristo total, hasta la plenitud escatológica de su Reino en un universo transfigurado (prefigurado -y causado- por la transubstanciación eucarística) -en virtud de la presencia salvífica del Señor en la Hostia Santa” -“garantía, raíz y consumación de su presencia en el mundo”¹⁴¹- en el que “Dios sea todo en todos”, cuando -completado el número de los elegidos-, sea al fin, entregado por Cristo, su Cabeza, al Padre. (Cfr. 1 Cor 15, 25-28).

Joaquín FERRER ARELLANO

son tan grandes, son pequeñas (...). *Sentirse altar de Dios, cosa de Dios, lugar donde Dios hace su sacrificio, el sacrificio eterno según el orden de Melquisedec*”. (Cit. Por M. M. OTERO, *El alma sacerdotal del cristiano*, cit 315).

¹³⁸ Carta a los fieles de la Prelatura, 1-IV-86, del sucesor del fundador del Opus Dei, Mons. Alvaro del Portillo.

¹³⁹ Como observamos en el §1 sobre el *don de lenguas* que recibió S. Josemaría al servicio de su carisma profético y fundacional -“la gratia sermonis” que estudia Sto. Tomás- *trasciende esa categoría de locuciones* -como la que acabamos de citar- *de palabras sustanciales* que el Señor le concedió a lo largo del proceso fundacional del Opus Dei; *pero las incluye como focos de luz orientadora, de especial virtualidad significativa -y sintética- del mensaje* que se sintió urgido a transmitir hasta el final de su vida. Nos hemos referido en este estudio monográfico a algunas de ellas, especialmente significativas, que ayudan a entenderlo -en el contexto de su mensaje global- en profundidad; al paso que lo sintetizan, si se entienden a la luz infusa de que ellas eran portadoras.

¹⁴⁰ *Forja* 835.

¹⁴¹ Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 102.